

REGALO 

 Inesperado

Un amor

para compartir



Ruby Martinez

Regalo
Inesperado
Un amor para compartir

Ruby Martínez

Título: Regalo inesperado. Un amor para compartir
©Ruby Martínez
1ª edición Julio 2017
Imagen de la portada: Pixabay
Código de registro: 1706132594668
Todos los derechos reservados
Tamaulipas, México

Los nombres, personajes y sucesos son producto de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia. No está permitida la reproducción total o parcial de este libro sin el permiso del autor.

Para mi *Muñeca*.

Índice

[Agradecimientos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Epílogo](#)

[Otras obras](#)

[Sobre la autora](#)

[Contacto con la autora](#)

Agradecimientos

Gracias a **Dios** que me permite hacer lo que me gusta, por sorprenderme día a día con sus maravillas, por sostenerme con su amor. ¡Te Amo!

Padres, una vez más esto es para ustedes, gracias por siempre apoyarme en mis locuras.

Gracias, **familia**, mis vivencias con ustedes son parte de este trabajo.

Mi mentora, **Ale Peña**, gracias por tus consejos y estar ahí para mí, ayudándome en este proceso de la autopublicación.

Gracias **Vanesa, Paty y Daniela** por ser mis lectoras de prueba, por tomarse parte de su valioso tiempo para guiarme en el camino,

No puedo dejar de agradecer a todos los que me apoyaron de una u otra manera con *Mi vida en un sueño* : **Karla, Nora, Yolanda, Marina y Aracely Mendoza. Jocelyn y Lizeth Garza. Tania Díaz, Arturo Gómez, Isabel Porchini, Lic. Martin García**, mi párroco **P. Martin Amaya** y muchos más.

A ti, **lector**, gracias por apostar por esta obra que espero sea de tu gusto y agrado, lo hago con todo mi amor y cariño para ti.

Ruby Martínez



Capítulo 1

Tengo un sueño infernal pero nada que puedo conciliarlo. Odio los hospitales. Me hacen transportarme a cuando tenía diez años y aquel accidente pasó. Ahora, once años después, es tiempo que aún me sigue afectando la muerte de mis padres en aquel trágico accidente del que milagrosamente salí con vida.

El estar aquí me deprime, sin embargo, tengo que hacer el mayor de mis esfuerzos. No puedo ser malagradecida, mi tía no se lo merece, además de que soy su única familia.

La tía Christina se encuentra hospitalizada desde ayer, tuvo un sangrado que hizo que su embarazo se convirtiera de alto riesgo. Cuando llegué de la universidad la encontré tirada en la alfombra de la sala, sangrando. Inmediatamente llamé a emergencias y en cuestión de minutos llegaron a atenderla, trasladándonos hasta aquí. Según lo que el médico nos dijo a ambas, fueron los fuertes golpes recibidos los que provocaron un desprendimiento de la placenta. Me pregunté cuáles serían esos fuertes golpes, pero no llegué a ninguna conclusión. Me atreví a preguntarle a mi tía, a lo que me contesto nerviosamente:

—Estaba poniendo las cortinas en el cuarto de Becky, me he resbalado

y he caído. Me arrastré hasta la sala para llamarte al percatarme del sangrado, después llegaste.

Que le crea su abuela, porque yo no. ¡Las cortinas que mando a hacer a medida aún no llegan!

¿Por qué mi tía, que es como mi madre, me está mintiendo? Pero no puedo encontrar otra explicación aparte de la que me ha dado. No hay indicios de robo ni nada.

En fin, a causa de esa mentira es que ahora está internada en este horroroso hospital, metida en esa cama, con un embarazo de alto riesgo encima, justo cuando ya está a menos de un mes de dar a luz.

Deambulando por el hospital me pongo a pensar en la cantidad de gente que día con día se encuentra aquí. Unos por gusto —me refiero a enfermeros, doctores y el personal—; otros por azares del destino. Todos regresan a casa, unos físicamente, otros en espíritu.

Entro al cuarto de mi tía, su doctor está ahí hablando con ella. En cuanto reparan en mí, ambos callan. Tienen cara seria.

—¿Pasa algo? —pregunto, temiendo oír la peor de las respuestas.

—Nada malo —dice el médico—. Le decía a la señora Christina que ya estamos preparando su alta, podrán irse en un par de horas. Eso sí, tendrá que hacer reposo total y cero disgustos. —Hace énfasis en *disgustos*.

Otro indicio más de que lo que paso no fue un accidente. Pero entonces, ¿qué?

Sea lo que sea lo descubriré tardeo temprano.

Hemos llegado a casa. Ya dejé a mi tía en su cuarto y ahora me dispongo a limpiar todo el desastre de la sangre. Más bien tendré que tirar la alfombra, no creo haya manera de que esas manchas salgan.

Mientras voy enrollando la alfombra, vislumbro un pequeño objeto sobre ella. Es una cadena con un dije de águila. Qué raro. Mío no es y dudo sea de mi tía. Me la guardo en el bolso del pantalón, ya tendré más tiempo de observarla minuciosamente. Cargo la alfombra queriendo llevarla hasta el contenedor de basura que tenemos afuera. Frente a nuestra casa se encuentra nuestro vecino Irvin lavando su *Camaro* antiguo. Se percata de que voy batallando con la pesadez de la alfombra y rápidamente corre hasta mí para quitármela de encima.

—Oye, te ayudo con eso.

Irvin es el chico del que cualquier chica se puede enamorar. Por su atractivo, claro. Todo músculos, ya saben... Pero no es el chico que se enamora de cualquier chica. Lo conozco desde hace tres años, cuando entramos a la universidad. No es alguien de una noche o con quien pasar el rato. No. Él es el chico de las relaciones serías.

Nos llevamos muy bien.

—Te lo agradezco, Irvin. Sí está muy pesada.

—¿De qué esta manchada? —pregunta depositándola en el contenedor.

—Sangre. —Titubeo al decirlo—. Pero no es de ningún homicidio si es lo que piensas —aclaro.

—No me pasó por la cabeza —sonríe—, pensé más bien en un accidente.

Quizás él vio si alguien estuvo ayer aquí con la tía Christina. Nada pierdo con preguntar.

—¿Irvin, de casualidad no viste si alguien estuvo ayer por aquí? ¿Algún desconocido?

Irvin frunce el entrecejo pensando en lo que le he preguntado.

—No, nada inusual. ¿Paso algo, Er?

Niego ligeramente con la cabeza.

—Estábamos esperando a alguien de fuera y como ayer no estuvimos en toda la noche... —Miento—. Mi tía se resbaló y eso le provocó un sangrado. —Suelto un suspiro que hasta ahora me doy cuenta estaba reteniendo—. Su embarazo ahora es de alto riesgo.

—Lo siento mucho, Er. Si necesitas cualquier cosa, en el momento que sea, no dudes en llamarme. —Toma una de mis manos entre las suyas.

Eso ha sido extraño.

—Gracias, Irvin. —Me suelto de su agarre, sonriéndole—. Debo volver adentro.

Asiente.

Ya adentro preparo una cubeta con suficiente agua y jabón para fregar el piso por si quedaron restos de lo sucedido. Antes de ponerme a ello doy una vuelta por el cuarto de mi tía. Está dormida. Así está mejor, que descanse.

Después de media hora y una buena fregada al piso, me dirijo muerta de cansancio a mi habitación. Gracias a Dios que mañana es fin de semana y no hay escuela, de lo contrario, de todas formas no iría. No podría con mi alma.

La alarma suena a las ocho de la mañana, la he puesto temprano para preparar el desayuno a mí aún no nacida prima Becky y a mi tía. Paquete completo. Como dicen por ahí: *“Quien quiere a la vaca, quiere al becerro”*.

Antes de comenzar a cocinar me hago un moño alto en el cabello para evitar que el desayuno termine con pruebas de mi ADN. Saco del refrigerador todo para hacer hot-cakes: huevos, leche, harina, mantequilla, y mi acompañamiento favorito, dulce de leche líquido. Preparo la mezcla disponiéndome a echar la primera cucharada sobre el comal ya precalentado, esperando me salgan redonditos.

Fallo estrepitosamente, todos se desbordan.

Vierto lo último que queda de mezcla ya sin la esperanza de que alguno salga como deseo. ¡Oh, sorpresa! Este último ha salido redondito, y es este último el que llevaré a mi tía para que piense que esta lucha contra los hot-cakes redondos, la he ganado.

Acomodo todo sobre una mesita: plato de hot-cakes con dulce de leche encima. Otro más de frutas con chocolate líquido y, por último, un vaso con leche y otro de jugo de naranja. Espero no ser la culpable de que le dé diabetes, pero mi Becky tiene que estar bien alimentada para cuando llegue a este mundo.

Cargo todo dirigiéndome hasta su cuarto. Ya está despierta leyendo uno de sus tantos libros.

—He traído el desayuno —le anuncio.

—Gracias, hija. Becky anda ya muy impaciente. —Se frota su enorme barriga.

Ya que estamos hablando de Becky... volveré a indagar a ver si ahora si decide hablarme con la verdad sobre lo que le pasó.

—¿Dónde dejaste las cortinas de la bebé, tía?

Deja de picar su desayuno para prestarme atención.

—No las han traído —dice sin más.

—Entonces, ¿cuáles estabas colocando ayer que te caíste?

Entrecierra los ojos. Ya sabe hacia dónde me dirijo. Por lo más sagrado en el cielo, espero no siga ocultándome cosas.

—¿Por qué no me crees lo que te digo, Eralda? —Se molesta—. Ya te conté lo que sucedió. Me resbale de la silla provocando el golpe y así el sangrado, no hay nada más que contar.

¿Y ella espera que me trague ese cuento? ¡Pero si soy de su sangre! Es como cuando era niña y le dije que el gato se comió todo el chocolate estando

yo toda embarrada de él.

A que no es creíble, ¿verdad?

—De acuerdo, lo haremos a tu modo, tía. —Abre los ojos como plato—. Está de más decirte que no me trago ni una de tus palabras, perdóname.

Abre la boca para decir algo, pero mejor la cierra. Es lo mejor, no quiero terminar discutiendo por una hipótesis que he formado.

Salgo del cuarto para ir al de Becky, ya en unos días la tendremos con nosotras. Mi camino se ve interrumpido por el toque del timbre, voy hasta la puerta deteniéndome antes para ver por la rendija quién es.

Jim, mi novio.

—Hola, Jim —lo saludo acercándome para darle un beso, el cual esquiva.

¿Y ahora qué le pasa? Frunzo el entrecejo.

—Te estuve marcando todo el día de ayer, Er —dice malhumorado—. ¿Por qué no me contestabas? ¿Ya sales con otro?

Jim y sus celos de adolescente. ¿Cuándo entenderá que ya somos adultos? Quizá él se quedó con la mentalidad de un chico de dieciséis.

—No me hables así, imbécil, mide tu tono la próxima vez. —Me ve como si me hubieran salido dos cabezas—. Si vienes aquí para hacerme una escena de celos, mejor regresa por donde viniste.

Cierro la puerta en sus narices.

De un tiempo para acá, Jim se está volviendo más celoso y controlador. Quiere que le dé informes, santo y seña de a dónde voy todo el día y todos los días. Si caigo en su juego me expongo a que me arme una escena; si solo lo ignoro me evito un disgusto. Ya saben cuál es la mejor opción.

—¡Er, abre la maldita puerta! —espeta.

—¡Que te den, Jim! —grito—. Vuelve cuando quieras ha-blar. Antes

no.

Me tumbo en el sillón soltando un suspiro de frustración. La relación con Jim ya no da más, deberíamos cortar por lo sano. Dudo que eso le guste, gracias a Dios no soy una mujer sumisa a la que pueden controlar, decir o no qué hacer.



Capítulo 2

Christina me dice que si quiero salir para distraerme puedo hacerlo, que ya mucho la he cuidado, pero solo de imaginarme que por otro *secretito* suyo corre peligro la vida de mi bebé... mejor agarro mi libro de novela romántica y me distraigo metiéndome en los personajes, fantaseando con que la protagonista soy yo y que el chico malo del colegio me sonsaca hasta llevarme al límite, haciendo así que me enamore perdidamente de él.

Claro, solo son sueños.

Estando en la sala pongo música relajante para mi momento de lectura, me acomodo en el grandísimo sofá color ladrillo de tres piezas, acostándome por completo en él. Como si fuera adrede, en ese preciso momento suena el teléfono de la casa.

—Digan —contesto.

—¿Se encuentra Christina?

Es un hombre.

—¿Quién la busca? —indago nerviosamente. Así me pone su tono de

VOZ.

—Soy un amigo.

—Lo siento, si no me dice su nombre no se la podré comunicar. Ya sabe...

—Y a todo esto... ¿Tú quién eres? —Me corta.

Sus chulerías no van conmigo.

—La persona que no le pasará a Christina por estar jugando al anónimo.

Cuelgo.

¿Y si él tuvo que ver con los disgustos?

¡Qué tonta! Debí pensarlo mejor e indagar más sobre quién era.

Un amigo de Christina.

¡Christina no tiene amigos! Al menos no que yo sepa. Bueno, a estas alturas quién sabe, se está comportando de forma rara últimamente.

Me recuesto nuevamente en el sofá para reanudar donde la deje antes de que me interrumpieran, en eso la tía Christina me llama:

—¡Er! —grita.

Como no es un grito de dolor o alarma, me tomo mi tiempo para dejar desganadamente mi libro sobre el sofá y por último ponerme en pie y caminar hasta el cuarto de mi tía.

—¿Qué pasa, tía?

—Hija, ¿quién llamó?

Pienso en no decirle que era alguien preguntando por ella, pero mejor me decido por sí decírselo para ver qué cara pone y si ella sabe de quién pueda tratarse.

—Un hombre. Dijo que era amigo suyo, pero nunca me quiso decir su nombre, así que colgué. —Dicho y hecho, la cara de la tía Christina es todo un poema.

—Por favor, Eralda, cuando sean llamadas para mí, házmelo saber — dice con un deje de enojo.

—Pues si tanto le interesa andar contestando llamadas de desconocidos —digo más molesta yo—, dé su número de móvil y así me dejo de andar preocupando yo.

Me doy media vuelta para regresarme por donde vine. Justo cuando voy a cruzar el umbral de la puerta, su voz me detiene.

—Últimamente te has vuelto muy irrespetuosa, Eralda Montero. —
Noto su decepción.

¿Ella decepcionada de mí? Por favor.

—Tía, yo te amo y mucho, pero no soy una idiota.

Sin decir más, ahora sí cruzo la puerta para ir en dirección a mi cuarto. Es increíble que esta señora me trate como una niña, que crea que no me doy cuenta de las cosas inusuales que suceden. En fin... todo a su tiempo, todo llega en su momento.

Abandono el libro que nunca me dieron oportunidad de leer y en su lugar me tiro sobre la cama repleta de peluches. No los he querido tirar se los dejaré a Becky para adornar su cuarto —la mayoría son regalos de Jim, así que, qué importa.

Golpes se escuchan en la ventana, creo saber de quién se trata. Me levanto perezosa, corro las cortinas y efectivamente, es Irvin, mi vecino —y amigo, olvide mencionar—. Gira su mano de un lado a otro en señal de saludo. Yo sonrío como tonta y se lo regreso, seguido por una seña de que le abriré la puerta. Irvin asiente.

Camino con rumbo a la puerta de entrada, no sin antes echar un vistazo de reojo al cuarto de mi tía que se encuentra dormida.

Abro la puerta.

—Entra y no hagas ruido, mi tía duerme —le pido en voz baja, al tiempo que lo invito a pasar.

Asiente, dirigiéndose hacia mi cuarto. No es nuevo, ya sabe el camino.

Voy detrás de él.

Al llegar a la cama se tira sobre ella, abriéndose paso entre el montón de muñecos de peluche. Sí, mi cama tiene poderes de atracción, todo mundo llega sobre ella. Yo me siento en el pequeño sofá que esta frente a la cama, así para quedar uno frente al otro.

—¿Qué te trae por aquí, Irvin? —pregunto.

—¿Estás enojada? —Me responde la pregunta con otra pregunta. ¡Solo los idiotas hacen eso! Pero es mi amigo, con todo y su idiotez lo quiero.

—Lo siento. Mi tía y sus hormonas me cansan —Me disculpo.

Irvin toma uno de los peluches y me lo lanza, dándome en toda la cara. Estúpido Irvin.

—¡Auch! —Finjo una mueca de dolor—. Eres un idiota —le lanzo.

—Soy tu idiota favorito —sonríe con suficiencia.

Es cierto. Desde hace tres años, Irvin se convirtió en el favorito. Pero no cualquiera sabe esto, porque para mí la palabra *favorito* engloba un poco más de lo que significa para Irvin.

—¿Has hablado con Mel? —pregunta.

Mel es nuestro tercer integrante en nuestro pequeño grupo de amigos. La conozco desde hace cinco años, cuando llegó a mitad del curso en la preparatoria. Ambas solicitamos ir a la misma universidad, ella para estudiar economía e Irvin y yo para estudiar letras. Desde que presente a Irvin y a Mel tengo la impresión de que se gustan, pero ninguno se anima a hablar sobre ello. No sé si el que Mel sea muy amiguera detenga a Irvin, o el que Irvin sea muy aguafiestas detenga a Mel. En cualquier caso, que aún no estén juntos como que me alivia.

—No desde hace dos días —digo quitada de la pena.

El que Mel se desaparezca un fin de semana no es preocupante para ninguno de los dos, pero he de admitir que se le extraña cuando lo hace.

—Ayer vi que estuvo aquí Jim —suelta.

Dejo de buscar pulgas imaginarias al peluche que me lanzó anteriormente para prestarle atención a lo que dirá después.

—Sí, aquí estuvo un rato —admito.

Irvin se sienta en la cama, aventándome esa mirada matadora que suele darme cuando se trata de Jim.

—¿Y qué quería?

—Ya sabes cómo es Jim. Con todo lo de mi tía se me pasó contestarle uno o tal vez cinco mensajes.

—Er, sabes muy bien lo que pienso del tarado de Jim...

—Lo sé —lo corto— y tomaré cartas en el asunto, pero por ahora no quiero seguir hablando de él, he tenido un fin de semana de locos, dame un descanso.

—De acuerdo —me dice—. En el gimnasio que está a dos cuadras de aquí están buscando un entrenador, pensé en meter solicitud —me informa.

—Eso es genial, Irvin —en verdad me alegra oír eso—, el trabajo es especial para ti. Diseñemos tu CV.

Perdemos la noción del tiempo al estar inventado bobada tras bobada sobre la experiencia que tiene Irvin trabajando. Dudo que lavar su coche cada fin de semana cuente, aunque, ¿quién no contrataría a Irvin con ese cuerpazo que se carga?

Miro el reloj y me doy cuenta, una, de que ya es tardísimo, y dos, le toca medicamento a mi tía, así que despido lo más amablemente a Irvin diciéndole que nos vemos mañana en la universidad. Me regreso al cuarto de mi tía y entro tímidamente para no despertarla de sopetón. Llego hasta la cama, la zarandeo levemente y en el acto me percató de que está ardiendo en calentura.

—Tía, tía, despierta —le susurro.

Con dificultad por su gran panza, se da la vuelta para quedar bocarriba. Esta pálida.

—Tengo mucho frío —dice abriendo un poco los ojos.

Perlas de sudor se le van formando en la frente.

—Tía, es hora de tu medicamento, toma. —Le aproximo la pastilla junto a un vaso con agua—. Tienes calentura, iré por unas compresas para ponerte en la frente.

Salgo de la habitación derecho a la cocina, lleno un tazón con agua e introduzco unas mantitas en ella. Rápidamente regreso al cuarto, las exprimo lo más que puedo y se las coloco. La cobijo bien y me dispongo a ir por mis colchas para dormir en el sofá que tiene al lado. Una larga noche en vela me espera. Pff.



Capítulo 3

La alarma suena a las cinco de la mañana en punto. Solo he dormido dos horas desde la última vez que me levante a revisar a mi tía. Afortunadamente ya se le había pasado la calentura. No es que me queje, pero la desvelada quién me la quitará. ¡Tengo demasiado sueño! Considero faltar hoy a clases, pero recuerdo que hoy será el concurso de recitar poemas románticos —*Recital Romántico*— y mejor me desprendo de las deliciosas colchas que me arropan.

Me voy directo a darme una ducha rápida. Una vez termino, voy hasta mi armario y saco mi traje sastre —falda, pantalón— color chocolate y lo convino con una bonita blusa en color rojo y unos zapatos cerrados de tacón del mismo tono. Salgo con rumbo a la cocina para prepararme una taza de chocolate y un pan tostado. Mientras preparo las cosas, tomo el teléfono y le marco a Irvin.

—¿Er? —contesta.

—Buenos días, forastero —lo saludo—. Solo llamo para que le recuerdes a tu mamá que quedo en ayudarme a cuidar a Christina.

—Ya sabes que nada se le pasa a mi madre.

Lo sabía, sí, pero siempre me gusta asegurarme hasta el último minuto de que las cosas siguen en pie.

Minerva es la mamá de Irvin, mi vecina de enfrente y la que siempre me socorre cuando necesito ayuda. Quedo viuda siendo muy joven, su esposo murió cuando cayó de un décimo piso arreglando un ventanal, según lo que me ha contado Irvin.

—Gracias. Dile que le dejaré la llave donde siempre. —En el masetero, bajo unas hojas artificiales.

—De acuerdo. En media hora salgo, ¿te vas conmigo?

—Sí. Lo último que quiero es ensuciarme mi bonito traje con el que me presentaré en unas horas —digo coqueta.

Irvin suelta una risita.

—Te veo afuera. —Cuelga.

Termino mi desayuno, voy y reviso por última vez que todo esté bien

con mi tía, tomo mi poema y pista de fondo en mano y me dispongo a salir para encontrarme con Irvin.

Diez minutos de camino y llegamos a la universidad. Apenas cruzamos la puerta de entrada nos intercepta Mel, hablando con esa voz chillona que tiene y a la que ya nos acostumbramos.

—Hola, guapa. ¡Mírate! —Me repasa de arriba abajo —. Que belleza la que ganará hoy. ¿Verdad, Irvin? —se dirige a él.

Irvin me repasa también. Creo haber percibido algo diferente en su forma de mirarme, no sé qué es. Cuando me volteo y quedo nuevamente de frente a él, pone los ojos en blanco y sisea:

—Sí, claro —dice sin más y sigue caminando.

—¡Bipolar! —Le grita Mel.

A lo lejos vemos como Jessica sale a su encuentro y lo toma del bícep, toqueteándolo todo a su vez. Un deje de celos hace aparición, pero lo controlo.

—Zorra —murmuro.

—Ni te preocupes, ya sabes que las zorras como Jessica son desechables e Irvin no busca alguien desechable —dice formándosele una sonrisa y haciendo énfasis en la última parte de la oración.

¿Qué me está queriendo decir? Seguro se refiere a ella, sí.

Por los altavoces anuncian que quienes se vayan a inscribir en el concurso *Recital Romántico* ya lo pueden hacer, pues dentro de una hora se dará inicio.

A los participantes se les tiene permitido faltar a clases mientras empieza el concurso, para que se preparen y ajusten detalles. Los demás tienen clases normales.

—Vamos, hay que ensayar ese poema. ¿Por cuál te decidiste? —pregunta.

—¿No entrarás a clase? —cuestiono.

—Mi amiga es más importante que cualquier clase —sonríe, echándome su brazo por encima de mis hombros, incitándome a seguir caminando.



Faltan quince minutos para que empiece el concurso y únicamente veo a Mel en la segunda fila. El asiento al lado de ella esta vacío. ¿Dónde está Irvin?

Le mando un mensaje.

Yo: Irvin, el concurso ya va a comenzar. ¿Dónde estás?

B: Lo siento, Er, voy retrasado. En cinco minutos estoy ahí.

Yo: ¡Apúrale! Te he apartado un lugar junto a Mel en la segunda fila.

B: Ya voy en camino.

Todos tras bastidores están ensayando, repasando una y otra vez el poema que recitarán. ¿Por qué es importante este concurso? Pues porque en la final tienes que recitar el poema de tu autor favorito y uno inédito. Varias de las editoriales más importantes de la ciudad y del país vendrán a cazar talentos que puedan aportar algo muy bueno a su editorial, y yo aspiro a ser seleccionada por varios de ellos. Gran parte de los que concursan salen prácticamente de la universidad ya con un trabajo.

Yo mejor ya no ensayo, creo que cuanto más lo hago más se me olvida. Me siento muy segura de lo que haré y cómo lo haré cuando sea mi turno.

Vuelvo a asomar la cabeza para ver si Irvin ya ha llegado. Ciertamente, ya está ahí.

El teatro poco a poco se va llenando de todo el personal que en la universidad hay.

Una maestra pide que no acerquemos.

—Jóvenes, acérquense. Sortearemos los lugares —anuncia.

Todos comenzamos a reunirnos en donde ella esta. Trae una lista con los nombres de los participantes, la hoja se va pasando de uno en uno para que

verifiquemos que nuestro nombre está ahí. Ya que todos revisamos, la maestra saca unas tijeras y comienza a cortar los papелitos para posteriormente doblarlos y echarlos en una bolsa transparente.

La maestra saca el primer papелito: Regina Robledo. El segundo, Bryan Díaz. El tercero, Eralda Montero...

¡Bingo! Soy la numero tres.

La música se corta y los micrófonos comienzan a ser tomados por el maestro de ceremonias.

—Buenos días, querido personal de la Universidad Internacional Formadora, mejor conocida como UIF; padres de familia, alumnos todos. Les damos la más cordial de las bienvenidas a este concurso de *Recital Romántico*. —Aplausos—. Sin más que decir, damos comienzo al recital, recibiendo a la alumna de segundo año de la carrera de Artes, Regina Robinson...

Aplausos y silbidos se oyen para Regina.

Mientras ella hace su participación —hasta el momento fatídica—, voy hasta el señor del sonido y le digo que por favor ponga esta pista cuando el participante número tres —o sea, yo— haga su entrada. Es este mi haz bajo la manga. Recitaré mi poema ambientándolo con una canción instrumental. En un inicio no quería hacerlo, iba a dejarlo hasta la final, pero después decidí que estaba bien que lo hiciera desde el comienzo, así los jueces sabrían que la idea original fue mía. Además, los editores no estarán en ningún concurso previo a la final y en la final no habrá jueces de la institución, ellos solo pasaran reportes de qué tal lo hicimos a los editores.

Bryan ha terminado.

—La tercera concursante es la alumna Eralda Montero. Ella estudia letras y está ya en su tercer año. Démosle un fuerte aplauso —anuncia el maestro de ceremonias.

Bien. Es mi turno.

Camino hasta posicionarme delante de los jueces. Entre el silencio sepulcral solo se escucha que Mel grita: *¡Vamos Er! ¡Haz que les dé diabetes!*

Trato de contener una carcajada por las tarugadas que mi amiga dice, cuando veo que los jueces comienzan a sonreír. Yo también lo hago. Solo sonreír, no descojonarme.

—Hola, Eralda. Ya vimos que traes porra —sonríe—. Cuéntanos qué nos vas a recitar —dice una de las juezas.

—Mi poema se llama *Llegaste a mi vida* y es de un autor mexicano llamado Venancio Rentería. —Anotan, supongo, el nombre del poema y el autor.

Elegí recitar sobre un autor no tan reconocido por estos rumbos, porque pienso que se le debe dar oportunidad a quienes van comenzando, a los nuevos talentos. Venancio Rentería es un poeta romántico, como ya dije, mexicano, y muy joven. Lo descubrí vagando en internet, precisamente buscando qué leer; cuando vi este poema *Llegaste a mi vida*, supe que con ese, al menos, pasaría a la siguiente ronda. Ya verán porque lo digo...

—Bien. Entonces, toma micrófonos y haz que caigamos en un coma diabético. —Me sonrío.

Le correspondo.

Voy hasta el centro del escenario y, a diferencia de los demás que recitaban con el micrófono en el pedestal, yo lo quito para sostenerlo en mis manos y tener más libertad al momento de hacer mis ademanes.

Hago una seña levantando la mano para que el de la música me vea y sepa que es momento de poner la canción. He escogido la canción instrumental de Adele, *Someone like you*. Una canción que en lo personal me gusta mucho y que, en combinación con el poema —según lo ensaye—, es una obra de arte.

La canción hace acto de presencia y yo espero el momento justo para entrar con los primeros versos.

*—Llegaste a mí como fuertes olas
arrastrándome hacia ti
cediendo ante la fuerza de tu encanto
y hundiéndome hasta lo profundo de tu ser.*

Termino la primera estrofa y callo, dándole su espacio a la pista.

*—Como un huracán que arrasó todo
sin dejar en qué pensar
más que en tu mirada
que tú tienes al andar
y tus labios rojos
que me muero por besar*

Hago ademanes poniendo mi dedo índice en mi cien, después corro la

mano hacia abajo, a mis ojos y entonces finalizo este último verso de una manera tan dulce y romántica que hasta yo me derrito.

Hago otro silencio para que nuevamente entre la música.

*—Llegaste a mi vida así, lindura,
de una forma impresionante.
Llegaste a mi vida
en un momento especial*

Continúo recitando ya para terminar, con los ojos cerrados, apretados por el sentimiento que me provocan estas letras.

La música termina y abro los ojos, igual, lentamente, para encontrarme a un público y jueces mudos. Sus caras son un total poema. No revelan nada. No sé cómo interpretar este silencio: bueno o malo.

El presentador sale a mi rescate, también enmudecido.

—¡Wow! Démosle un fuerte aplauso a la concursante número tres — dice, haciéndome una señal para indicarme que deje el escenario.

Dejo el micrófono en su lugar y hago caso: salgo corriendo del escenario.



Capítulo 4

Llego a casa cansada y preocupada de que no les haya gustado mi presentación a los jueces. Mel me dijo que ellos se quedaron mudos porque les encanto. Irvin me lo confirmo, pero yo no estoy tan segura. Ellos me dicen eso para darme ánimos. Son mis amigos después de todo. Tendré que soportar esta incertidumbre unos días más hasta que cuelguen los resultados en el panel de avisos.

Minerva me dijo que todo estuvo bien con mi tía, la calentura ya no volvió ni por asomo, espero y siga así. Le agradecí que viniera y le pedí ayuda para el resto del mes, solo en mis horarios de clases. Me dijo que no había problema, ella me seguiría ayudando incluso cuando Becky ya estuviera fuera de la barriga.

Voy a mi cuarto a deshacerme de todo el atuendo formal que llevo puesto. Saco y pantalón, todo sale volando. Bienvenidos vaqueros, blusa y sandalias de andar por casa. Tengo un hambre infernal.

Estoy en la cocina viendo qué prepararme cuando escucho el sonido del motor de un carro. Me asomo por la ventana discretamente. Es Mel. ¡Vaya, qué sorpresa! Antes de que toque la puerta me adelanto a abrísela.

—Bruja —sisea.

—Oí el ruido del carro.

—Ya decía yo que no tenías poderes psíquicos. —Pongo los ojos en blanco—. ¿Estás comiendo? A eso vengo.

Que bien puso gorro un borracho anoche.

—Entra. Apenas voy a preparar algo.

—Genial.

Se sienta en un taburete junto a la barra para poder observar todos mis movimientos. Desde que tengo memoria he cocinado para esta chica, es un desastre en la cocina.

Husmeo en la alacena y refrigerador en busca de algo practico para preparar. Por suerte me encuentro con unos macarrones con queso a los que solo tengo que verterles agua y ponerlos unos minutos en el microondas.

Mi móvil está sonando. No tengo idea de dónde lo deje. O avente.

—Se oye como por aquí —dice Mel señalando el sofá—. A ver... sal. ¡Sí, aquí esta! —lo saca de un costado del sofá.

—¿Quién...?

No me deja ni preguntar cuando la veo que ya está con el teléfono en la oreja.

—Ah, eres tú, pedazo de animal.

Con esa contestación estoy segura de que se trata de Jim. Mel lo detesta, me lo ha dejado saber. Y no la culpo, últimamente yo también lo quiero lejos. Si tan solo él fuera menos celoso...

—Mel, pásame el teléfono —le ordeno.

Le vale, ella sigue rebatiéndole.

—Eres un pendejo, celoso, bipolar, inseguro, Jim. Eso es lo que eres.

No alcanzo a oír lo que Jim le contesta, pero seguro que es algo similar. Y más enojado ha de estar al oír que Mel solo se carcajea con lo que le dice. Así es Mel, nada se lo toma en serio.

—Toma, te llama un patán —dice gritando al teléfono y entregándomelo.

—Como te encanta hacerlo desatinar —susurro por lo bajo.

Solo se encoge de hombros y se va a comer sus macarrones.

—Jim —contesto.

—Me cae muy mal que dejes que Maddison agarre tus cosas —me espeta.

—A ver, Jim —suspiro—. Si mal no recuerdo, te dije que a menos que quisieras hablar bien, entonces me buscaras. ¿Ya llegó el momento o te cuelgo?

Alcanzo a percibir que maldice. Idiota, para él lo hace.

—Lo siento, lo siento. Sí, llamaba para invitarte a comer, salir o algo.

No se me apetece mucho, pero qué tal que esta vez sí lo dice en serio.

—¿Cuándo? —pregunto.

—Cuando tú digas. Yo estoy disponible para cuando tú digas.

—Ni de coña, Er. Este fin de semana ya lo tenemos reservado —grita Mel. Le aviento una mirada preguntando qué tenemos que hacer—. Solo... ya hay planes.

—Podrías pasarte por casa el viernes, si puedes. Con mi tía en cama no puedo darme el lujo de andar saliendo por placer —miento.

Mel ríe.

—Claro, ahí estaré. Adiós, amor.

No digo nada más, simplemente cuelgo. Voy hacia la barra y me siento frente a Mel en otro taburete para hacerle compañía. Que nadie interrumpa nuestro sagrados alimentos.



Dos días han pasado y aquí estoy en la universidad, frente al panel donde cuelgan los avisos, en espera de ver mi nombre en la lista de los que clasificaron a la ronda final. Solo fuimos diez participantes, de esos solo cuatro pasaran a la final.

Checo el móvil para asegurarme que ya casi es la hora en que todos salen —dijeron que lo pondrían a la hora de salida—. Oh, tengo un mensaje de texto.

Jim: Er, estoy en tu universidad, he pasado para llevarte a casa.

Yo: Entra. Estoy frente a la dirección esperando los resultados del concurso.

—Er, ¿clasificaste? —me pregunta Irvin dándome un beso en la mejilla en señal de saludo.

—Hasta la salida sabré, aún faltan diez minutos.

—Bien. Esperemos.

Asiento.

—Hola, amor —me susurra Jim en el oído, provocando que de un ligero respingo del susto.

—No hagas eso —le espeto molesta.

—¡Er, aléjate! —grita Mel a unos metros de nosotros—. Se te puede pegar lo idiota —dice al llegar.

Le doy una mirada reprobatoria.

Irvin se carcajea.

Una maestra sale de la dirección con una hoja en mano. Los ojos me brillan al imaginarme que son los resultados. Efectivamente, lo son. Los demás concursantes se amontonan, todos queriendo ver si sus nombres aparecen. Aunque la curiosidad me está picando, mejor me espero a que se despeje. Después de un par de minutos, los chicos se van retirando, ahora me toca ver si estoy yo.

1. Eralda Montero.
2. Natasha Mendiola.
3. Liliana Rodríguez.
4. Arturo Méndez.

—¡Lo logre! —Les grito.

Mel se abalanza sobre mí dándome un fuerte abrazo.

—Felicidades, amiga. Te amo —me dice al oído.

—Déjame abrazar y besar a mi novia, Melania. Quítate —dice Jim.

Mel me suelta por fin para ponérsele a un Jim desesperado por tenerme.

—No, no, no, no. —Lo empuja—. Quítate tú, es el turno de Irvin. —Le impide el paso.

Como les encanta a este para hacer desatinar a Jim. Los adoro.

A Irvin no le dicen dos veces, le importa poco las miradas matadoras que Jim le echa.

—Felicidades, Er —me dice mirándome a los ojos. Después me abraza.

Cuando Jim hace nuevamente el intento por acercarse a mí, Mel dice:

—¡Hay que celebrar! Por eso mañana nos iremos todos, menos Jim —voltea a verlo—, a la playa.

Toma mi mano para sacarme corriendo de las instalaciones. En el camino no me queda más que encogerme de hombros y darle una mirada de

disculpa a Jim.



Capítulo 5

El día transcurrió de lo más lindo y normal. Salimos de la universidad y nos fuimos a comer a un puesto de gorditas que hay en el centro de la ciudad. No sé si es porque Jim sabe que no es bienvenido en nuestro grupo o si en verdad no tenía ganas de acompañarme, la cosa es que me dijo que luego me llamaba. Cuando terminamos, Irvin se dispuso a llevar a Mel a su casa para posteriormente dirigirse a la nuestra.

Al entrar a casa me encontré con Minerva y mi tía platicando de lo más a gusto en la sala, tomando café. A los pocos minutos Minerva se disculpó y se fue. Deje en la mesa unas gorditas que traje para que comiera mi tía, me disculpe con ella porque en verdad andaba muy cansada y me fui a mi cuarto. Apenas toque la cama me quede profundamente dormida.



No es el sonido de la alarma lo que me despierta. Es el molesto sonido de llamada tras llamada que alguien me está haciendo. Molesta porque están interrumpiendo mi sueño, me pongo encima de la cara una almohada en espera de que se cansen y dejen de llamar.

Imposible. Vuelve a timbrar.

Doblemente molesta porque ahora sí que me han despertado, tomo el móvil sin siquiera fijarme quien es.

—Hablen.

—Eralda, ¿no escuchas el maldito teléfono o qué? —me grita esa voz que tanto odio en estos momentos.

—Maldita la hora en que decidí contestarte, Jim —espeto—. ¡Y no me grites! ¿Qué quieres?

—¿Te irás a la playa con tu estúpido par de amigos?

Molesta por el tono hosco con el que me está hablando, bramo:

—¿Todavía que me llamas once veces, me despiertas, me gritas y me echas madres, te atreves a ponerte en plan novio celoso?! Ya nada más falta que te tenga que pedir permiso para salir. —Algo que jamás sucederá.

—No vayas. Pasa el día conmigo —me pide.

Este chico está loco.

—Jim, todos estos días pasado llevaste muy bien la fiesta en paz, no sé por qué repentinamente cambias de humor. Y como ya no tengo ganas de seguir discutiendo a tan temprana hora...

—No te atrevas a colgarme, Er —me interrumpe.

—Adiós, Jim. —Nuevamente.

Me meto a darme una ducha antes de preparar cambios para nuestra ida a la playa. Tengo que despojarme de este malestar que me causa Jim.

Salgo de la ducha. Tengo que llamar a Irvin. A los dos tonos me contesta.

—Er.

—Irvin, tu mamá me dijo que posiblemente se ocuparía durante la mañana, solo quiero saber si es así para avisarle a mi tía.

—¡Mamá! —Lo escucho gritar—. ¡Er quiere saber si te ocuparas toda la mañana!

Escucho la voz de Minerva pero no la contestación.

—Dice que sí. Estará con tu tía alrededor de las dos de la tarde.

—Bien. Te veo en un rato.

Cuelgo.

Saco un pequeño bolso tipo mochila y empiezo a echar ropa interior y

un par de shorts con sus respectivas blusas. Nunca se sabe cuántos cambios ocupas andando con ese par. Se les ocurre cada cosa...

Me enfundo un traje de baño color celeste de una sola pieza. Tomo una falda larga de velo color negro para ponerme encima del traje de baño. Amarro mi cabello en una coleta alta y despeinada, me monto en mis sandalias y por último pongo mis lentes de sol en su lugar. Un poco de gloss en los labios y listo.

Bajo a preparar el desayuno. Ya sé, primero se prepara y después me debo arreglar, pero no, a mí me gusta lo contrario, así cuando termino de desayunar solo me lavo los dientes y salgo.

Me preparo un sándwich de jamón y otros más para llevarles a los chicos. Para mi tía dejo huevos a la mexicana para que cuando quiera solo los caliente en el microondas. Escribo una nota avisando que estaré con Mel e Irvin en la playa, que Minerva viene a las dos y yo llego ya por la tarde noche. Abro silenciosamente la puerta de la recámara de mi tía y dejo la nota en la mesita de al lado.

Estoy recargada en el coche de Irvin, esperándolo. Le mande un texto y me contesto pidiéndome cinco minutos más.

Irvin sale de casa vestido con una playera verde limón —súper llamativa—, bermudas hawaianas, gorra y sandalias. Lleva colgando de una mano una canasta en la que supongo lleva comida, y en la otra una bolsa con ropa.

Hombres.

—¿Lista? —me pregunta.

—Siempre —sonrío.

Acomodamos las cosas en la cajuela del coche y nos montamos en él para ir hasta la casa de Mel —que está a unas manzanas de aquí— a recogerla.

Llevamos quince minutos esperando a que Mel salga. Cuando llegamos solo nos hizo una seña para que supiéramos estaba en casa y no la dejáramos, pero ya han pasado quince minutos y va por cinco más. A este paso llegaremos a medio día a la playa, y eso sin contar la hora y media de camino que se hace.

—Que impacientes son, de verdad —dice al llegar al coche.

—Sabias perfectamente a la hora que vendríamos —le responde Irvin—. Y también sabes que Er se desespera fácilmente.

Sin meterme a la discusión... solo asiento.

—Er, Er, Er. Es lo único que te importa —arremete poniendo los ojos en blanco.

Irvin y yo nos reímos a más no poder. En serio que no sé qué haríamos si Mel no estuviera.

Una hora y media y cerca de cuarenta canciones de RBD transcurren hasta que por fin llegamos a la playa. Como bien dije, Mel tomó el mando del reproductor y ya no hubo poder humano que se lo arrebatara.

Desde kilómetros atrás empecé a oler la sal del mar y a sentir la brisa fresca. ¡Me encanta la playa! Si estuviera más cerca de casa, nunca me sacarían de aquí. La playa Bagdad de mi vecina ciudad de Matamoros es sencilla —no hay hoteles ni grandes restaurantes a la orilla, simplemente el mar—, sin embargo, siempre está llena de turistas.

Irvin estaciona el auto de reversa. Todos bajamos. Rápidamente me quito mis sandalias para poder sentir la arena caliente a causa de los fuertes rayos de sol; es doloroso, pero es una sensación que me gusta. Mi amigo abre la cajuela del auto y saca de adentro una carpa, la cual comenzamos a instalar, seguido de todos los triques que traemos. Veo que se aproxima un joven como de unos dieciséis años: vende hamacas y renta tumbonas (por lo que puedo ver). Cuando pasa por el frente de nosotros lo intercepto.

—¡Chico! —le grito, haciéndole una señal con la mano para que se aproxime.

—Dígame, *güerita*.

Me encanta ese lenguaje como de calle que emplean.

—¿Rentas tumbonas?

—Sí, *güerita*. El par de tumbonas por ciento cincuenta pesitos, nada más.

—Me trae el par, por favor.

Asiente y se va.

—Bueno, bueno. Este cuerpecito tiene que tomar colorcito —dice Mel, a la vez que se quita el vestido playero que lleva encima.

Irvin pone los ojos en blanco, resoplando.

El joven de las tumbonas viene acompañado por otro chico más o menos de la misma edad, ambos cargando una tumbona cada uno. Las

acomodan donde les pido, les pago y pasan a retirarse.

—Vamos, Er. Quítate eso ya —me apremia Mel.

Le hago caso. Solo me zafo por debajo la falda y listo, ya llevo mi traje de baño. Volteo a mi derecha y cacho Irvin que me está viendo, repasándome de arriba abajo.

—¿Irvin?

—Perdón, Er, perdón. Yo no... —comienza a titubear. Señal de nerviosismo, pero ¿por qué?

—Te han cachado con las manos en la masa, vaquero —murmura Mel.

Le resto importancia a todo lo dicho. En estos momentos lo único que quiero y necesito urgentemente es tirarme en la tumbona a tomar el sol y ver cómo los bañistas se divierten dentro del mar.

Veo que Mel se dirige al agua. En el camino es interceptada por un chico... guapo. Lleva puestas solo unas bermudas. No está de mal ver. Ella empieza a coquetear con él. Lo sé porque se agarra el cabello y se retuerce de esa forma seductora que solo ella sabe hacerlo.

Irvin me ofrece una cerveza. La tomo. Hace calor y con algo hay que refrescarnos. Se recuesta en la tumbona de al lado, observando también el coqueteo de Mel —supongo—.

—Me gusta estar aquí —balbucea.

Una sonrisa se me forma. A mí también me gusta.

—Debería llamar a mi tía para ver si todo sigue en orden.

—Desconéctate por una vez, Er. Si algo malo llegase a pasar, ten por seguro que te llamarían.

Tiene razón. Es solo que no puedo evitar preocuparme porque está sola. Aunque ya falta menos para que Minerva llegue a hacerle compañía. Disfrutaré este día.

—¿Jim no quiso venir o no lo invitaste? —Y tenía que sacar el tema.

—Me llamó por la mañana pidiéndome que no viniera —digo sin importancia—. A estas alturas ya debería saber que nunca hago lo que él quiere.

—¿Por qué no lo dejas y ya, Er?

He aquí la pregunta que todos me hacen, especialmente Irvin y Mel. No sé. Esa es la respuesta. Si hablamos de sentimientos, ya no siento lo mismo que al principio de la relación. Es como si con el paso del tiempo lo nuestro se fuera apagando. No sé si es él o soy yo. Lo que sí sé es que lo nuestro ya no

da para más. Pero es extraño, porque tampoco me atrevo a decirle eso, que terminemos.

—Lo haré, lo prometo.

He estado gran parte de la mañana dentro del agua y solo vuelvo a tierra para descansar. Irvin se la ha pasado disque bronceándose para llegar a su nuevo trabajo más guapo de lo que está. Así es, el trabajo de instructor de gimnasio es de él. Mel, una vez agarró confianza con el chico de las bermudas ya no se le pudo despegar.

Algo está vibrando, escucho ese tenue sonido.

—Irvin, tu celular suena.

Estira la mano para tratar de alcanzarlo hasta que lo consigue.

—Hola, mamá —contesta.

Reviso mi móvil para ver la hora. Son las dos y media de la tarde. Minerva ya debe estar en casa.

Irvin se levanta encaminándose al coche; Mel por fin se despega de su ligue, dirigiéndose hasta donde estamos.

—¿Quién es? —Me pregunta refiriéndose a con quién habla Irvin.

—Su mamá.

Asiente.

Irvin regresa con una cara totalmente distinta a la que tenía hace unos momentos.

—¿Sucede algo? —Pregunto.

—Debemos levantar todo e irnos.

—¡Ay, no! Irvin, casi vamos llegando —le responde encaprichada Mel.

—Dije que hay que levantar todo e irnos, Melania —le contesta con toda la seriedad que cabe en él.

—No. Primero dinos que sucede —digo impacientándome.

Irvin se pasa una mano por el cuello. Esa es su señal de que no sabe cómo decir las cosas.

—Es tu tía Christina, Er.



Capítulo 6

En cuanto Irvin dijo el nombre de mi tía fue como si toda la sangre saliera de mi sistema. Quería saber más sobre lo que había pasado, se limitó a decirme que Minerva solo le pidió que regresáramos porque Christina estaba muy mal e iban para el hospital. ¿Cómo se pone a decirme eso sabiendo que tengo mucha imaginación? Diferentes escenarios —nada buenos— pasan por mi cabeza.

Ahora tengo que aguantar una hora y media, sumida en mis más feos pensamientos, rogando a Dios porque Becky y mi tía estén bien.

Que feo se siente que te den una noticia desprevenida. Ya lo dice el refrán: “*las malas noticias vuelan*”.

Llena de arena, con el cabello despeinado y en traje de baño... No me importa mi aspecto, así me bajo al hospital, ignorando todas aquellas miradas.

Al entrar, en la sala de espera veo a Minerva con rosario en mano. Alcanzo a vislumbrar manchas de sangre en su ropa. ¡Dios! ¿Pero qué ha sucedido?

Cuando se percató de que he llegado se pone en pie, voy hacia ella.

—Eraldita, que bueno que llegaste —me abraza.

Me despego de ella para verla a los ojos, claramente hinchados por el llanto.

—¿Qué pasó, Minerva? ¿Cómo está mi tía? ¿Y la bebé?

—No sé, hija. Cuando llegue me encontré con la puerta abierta, cosa que me pareció muy extraño. Entre y estaba tirada en el suelo sobre un charco de sangre. Al acercarme me percaté de que estaba herida y rápidamente llame a una ambulancia.

Me siento sobre la silla un tanto mareada, tratando de sopesar todo lo que Minerva me ha contado. Y todo esto me remonta a hace unas semanas, en que la situación se repetía.

—Iré a traerles té. —Irvin interrumpe mi pensar.

Asentimos.

—¿Han venido a dar informes?

—Nada desde que llegamos.

Una hora más transcurre hasta que por fin escucho a alguien decir:
Familiares de Christina Gracia.

Automáticamente me pongo en pie, encaminándome hacia el doctor.

—La señora Christina perdió demasiada sangre. Tratamos de estabilizarla, pero el pulso del bebé era muy débil y probablemente no resistiría si tardábamos más. Tuvimos que practicar una cesaría. Lamento decirle que fue mucho el esfuerzo al que se sometió la señora Christina y... — el doctor no dice más. Se queda callado por un momento—. Lo siento. Falleció.

Esa última palabra resuena como eco en mi cabeza. ¿Murió?

Las lágrimas no tardan en aparecer y el mareo tampoco. Afortunadamente tras de mí se encuentra Irvin que no tarda en detenerme para que no caiga.

¿Murió?

¡No! ¡Ella no puede morir tan pronto! No tan pronto...

Lloro desconsoladamente sobre el pecho de Irvin. Me recibe como el buen amigo que es. Me abraza y acaricia el cabello, susurrándome que lo siente para tranquilizarme.

Mi tía, mi madre. ¡No me puede dejar sola!

Y dentro del dolor desgarrador que llevo por dentro, mi razón hace acto de presencia devolviéndome al aquí y ahora.

Becky.

Desprendiéndome de Irvin, me dirijo nuevamente hacia el doctor.

—¿Qué pasó con la bebé?

—Ella está bien, dentro de lo que cabe. Se está recuperando en el área de neonatal.

—Quiero verla.

Estoy frente a Becky. No puedo tocarla, estamos divididas por una ventana de cristal. A pesar de que solo le faltaban tres semanas para nacer, está muy pequeñita y frágil. La pediatra a cargo me dijo que espera se recupere en las próximas semanas y una vez logrado, podre llevármela a casa.

—Becky, ¿qué vamos a hacer? —le digo sin saber si me escucha, escapándoseme las lágrimas nuevamente.

No tengo esperanzas de que la policía llegue, me interrogue, investigue y mucho menos atrape al criminal. No puedo regresar a casa. Tampoco iré por los siguientes días a la escuela, tengo que encargarme de todo lo fúnebre y de la larga vida que le espera a Becky.

—Es muy bonita —dice Irvin llegando a mi lado.

Me limpio el resto de lágrimas que me quedan y sorbo los mocos rápidamente. Ya me ha visto mal durante mucho tiempo.

—Lo es —coloca su mano sobre mi hombro—. ¿Puedo pedirte un favor?

—El que quieras.

—¿Podría quedarme esta noche con ustedes?

Con una mirada más comprensiva de la que me imaginaba, me contesta suavemente:

—Esta y todas las noches que necesites, Er —toma mi cara entre sus manos.

A nuestras espaldas alguien carraspea.

Mel.

—Er, tienes que comer algo.

Niego con la cabeza.

—Sí, Er —concuera Irvin—. Vamos, iremos por tus cosas y después cenaras y descansarás. Has tenido mucho por hoy, mañana volveremos.

—Está bien. Adelántense, me despediré de Becky.

Asienten, dándose la media vuelta para darme mi espacio.

Pongo una de mis manos sobre el frío cristal, queriendo aproximarme

aunque sea un poco más a la niña, pero es imposible.

—Vendré todos los días a verte, Becky. Eres muy fuerte y saldrás adelante, aunque todavía no sepa cómo le haremos ambas. No te prometo justicia, pero si una vida feliz dentro de mis posibilidades.



Dos semanas han pasado desde todo lo acontecido. Tengo una revolución de sentimientos encontrados; dos brechas que se abren: tristeza y felicidad. La primera aun por mi tía, la impotencia de no saber quién la asesinó. La segunda porque ya resta una semana para que me entreguen a ese pedacito de cielo que, espero, pase buena parte de sus días a mi lado.

Siendo tanto el papeleo y el cansancio, no fui capaz de hacerme cargo del funeral. Quizá no cuento con una familia de sangre que me respalde en estos momentos, pero escogí a la mejor familia de amistades que está haciendo todo lo que está en sus manos para que este mundo que por un lado se me torno de gris, pueda ver los bellos colores que el arcoíris me ofrece. Es solo algo momentáneo. Yo bien sé que tengo que pintar con los más bellos colores la vida de Becky. Ya no soy solo yo. Ahora esta ese pequeño ser bajado del cielo, a quien poco a poco iré coloreando para que sea feliz.

El funeral fue la semana pasada, pues se tardaron una semana en darme el cuerpo por eso de las evidencias, la autopsia y no sé qué cosas más. Fue algo sencillo y rápido, el mismo día la velamos y la enterramos, nos despedimos y nos marchamos.



Ayer recibí una llamada de parte de la pediatra que atiende a Becky, me dijo que si todo sale bien el día de hoy (que es lo más probable), mañana

podré traérmela a casa. Becky siguió muy bien las indicaciones que la doctora le dio, tal y como lo pronosticó, dentro de poco ella estaría en excelentes condiciones. Y bueno, aquí estoy con Irvin y Mel que me están ayudando a improvisar el que será su cuarto también. Minerva nos cedió un pequeño espacio de seis metros cuadrados para mí y Becky. Es un espacio muy, muy reducido, pero que agradezco bastante. De la casa de mi tía solo saque lo meramente necesario de mí y Becky: el moisés, ropita, pañales, tetera, etc. También los pocos ahorros que guardaba bajo el colchón que, si me pongo a contarlos, me estamparé con la pared al darme cuenta que es prácticamente nada.

—Gracias por ayudarme —les digo a ambos, sonriendo satisfecha por lo que se ha hecho con tan poco tiempo y recursos. No es la gran recámara, pero teniendo en cuenta la situación, al menos tenemos un techo y colchón donde dormir.

—De nada, Er. ¡Ya vendrá Becky! Estoy muy emocionada —dice Mel encogiéndose de felicidad.

Yo también estoy feliz.

—Prometo que después les arreglaré un cuarto digno de ustedes... — Irvin se calla rápidamente al darse cuenta que, creo, estaba pensando en voz alta.

—Irvin, eso sonó muy... muy de padre de familia —balbucea Mel, escapándosele una risita.

El chico se pone rojísimo.

—Déjalo en paz, Mel —lo ayudo.

—Ya lo veo todos los días sentado en esa mecedora con Becky en brazos —sigue burlándose.

—Melania, no digas idioteces —expresa Irvin.

¿Idioteces? Ay, Irvin... Cree que no me doy cuenta lo atento que es, cómo cuida y ve por el bien de Becky. Idiotez la carátula que se monta para ocultar su lado tierno y paterno.

Ambos se enfrascan en una particular discusión sin sentido. Decido dejarlos, pero la verdad es que me estoy hartando.

El timbre de la puerta me hace un gran favor al lograr que cese la discusión. Irvin se encamina para abrir.

—Er, te buscan.

Tras él viene un hombre de traje con maletín en mano, tiene pinta de

ser un licenciado, abogado, notario...

—Dígame —me dirijo al hombre.

—¿Señorita Eralda Montero?

Asiento.

Me tiende la mano para después ofrecerme su tarjeta.

—Soy el licenciado Josué Villa. Antes que nada le ofrezco mis condolencias por la partida de doña Christina —asiento levemente, murmurando un inaudible *gracias*—. El motivo de mi visita es para darle a conocer la última voluntad de su tía. Leeré su testamento.



Capítulo 7

Jamás me hubiera imaginado que mi tía pensara en dejar herencia. Nunca hablamos de ello porque nadie se imaginaría lo que sucedería, me impresiona saber que ella sí.

Mujer precavida vale por dos, ¿verdad?

Este hombre está aquí para decirme lo que ha heredado Becky: la casa y alguna que otra joya de valor que tenía por ahí mi tía. No es la gran cosa. No nos faltaba, pero tampoco nos sobraba.

Minerva, Irvin y Mel están conmigo, acompañándome en el momento. Del otro lado de la mesa se encuentra el licenciado, de pie, buscando y removiendo entre los tantos papeles que ha de traer en su maletín. Saca una carpeta manila tamaño oficio, dentro trae otra que me tiende. Es una copia del testamento.

—Puede seguir la lectura conmigo... —y comienza con la lectura.

Valle Hermoso, Tamaulipas, Junio 29 de 2015

Yo, Christina Gracia, mexicana, domiciliada en la calle Voluntad, #326, Colonia Villa del Roble, deseando testar en forma ológrafa, declaro mi voluntad de hacer testamento, nombrando heredera de todos mis bienes muebles e inmuebles a mi sobrina Eralda Montero.

En tanto y en cuanto a mi hija sea menor y yo falleciere antes de su mayoría de edad, nombro tutor a la señorita Eralda Montero, domiciliada en la calle Voluntad, #326, Colonia Villa del Roble, de la ciudad de Valle Hermoso. De igual manera, la nombro albacea para que se cumplan mis disposiciones de última voluntad;

Es mi deseo que mi sobrina Eralda Montero, herede la que fue mi casa, mis joyas y el dinero dispuesto en una cuenta bancaria, con el fin de que tanto ella como mi hija Rebeca, puedan vivir dignamente el resto de sus vidas.

Revoco todo otro testamento que hubiere hecho antes de ahora, debiendo prevalecer estas disposiciones, que son la expresión de mi última voluntad. Y no teniendo más que disponer, firmo este testamento escrito de mi puño y letra a los 29 días del mes de Junio de 2015, en la ciudad de Valle Hermoso, Tamaulipas.

Christina G.

Anonadada por lo que acabo de leer y escuchar; es como si mi tía ya supiera lo que se avecinaba. Nos dejó todo.

—Debemos hacer los trámites correspondientes para que el banco le transfiera el dinero lo más pronto posible.

—Licenciado, sé que no debe ser mucho dinero, pero ¿usted tiene idea de cuánto estamos hablando?

Espero no sonar tan interesada.

El licenciado sonrío.

—Cerca de un millón y medio de pesos, señorita.

Todos los presentes volteamos con los ojos desorbitados, apabullados, diciendo al unísono:

—¿Qué?!



Estamos en el hospital Irvin y yo, esperando que den de alta a Becky para poder por fin ya llevárnosla a casa. Mel nos abandonó de camino a acá, dijo que iría a comprar regalos —más— para la niña y que nos vería en casa más tarde.

Siendo sincera estoy tan impaciente, llevo cerca de media hora entre esperando y haciendo papeleo. ¡Eso es mucho tiempo!

De repente, preguntas navegan en mi mente haciendo que un pequeño deje de inseguridad haga presencia. ¿Estoy lista para cuidar de un bebé? Claramente no, pero ¿quién lo está?

¿Sabré cómo cargarla correctamente? ¿Me atreveré a cambiarle los apestosos pañales? ¿Levantarme en la madrugada a darle de comer? Claro que me atreveré. Aprenderé eso y más porque, aunque aún no le he podido tener cerquitas de mí, piel con piel, desde antes de que naciera ya la amaba.

—¿Estas bien, Er? —dice Irvin en un susurro.

—Estoy nerviosa —me encojo de hombros.

Él sonrío tiernamente y a continuación hace algo que no me esperaba. Sentados, uno al lado del otro, viéndonos de frente a los ojos, esta él sonriéndome de medio lado, frotando una de sus manos contra mi mejilla. Algo me dice que eso es algo que haría una pareja de enamorados, y creo que quien nos viera pensaría eso, que somos una pareja de enamorados reconfortándose el uno al otro. Esa reacción es nueva para mí. He de confesar que él ha hecho tanto por nosotras que últimamente he notado que hay ciertos bichos revoloteando en mi estómago que, ahora que lo pienso, llego a la conclusión de que... me estoy enamorando. De Irvin.

Pero que soñadora soy, es un amor no correspondido. A él le gusta Mel.

El sonido de unos tacones resonando en la vacía habitación hace que despierte de mi ensoñación. Me siento un poco avergonzada al darme cuenta que he correspondido a la caricia de Irvin, pero en mi defensa diré que estaba soñando despierta.

Veo que al final del pasillo la pediatra atraviesa las puertas con dirección a donde estamos. Al ver con quien viene acompañada me quedo petrificada. La doctora se sitúa frente a mí sosteniendo una gran sonrisa en su cara.

—Hago entrega —dice, entregándome el pequeño rollo de carne, hueso y tela.

Becky.

Sin decir ni media palabra, la tomo en mis temblorosos brazos, acercándola a mi cuerpo. La contemplo, la observo, la acaricio... Me he vuelto a enamorar. Sus mejillas sonrosadas hacen que parezca una muñequita

de porcelana a la que me corresponde cuidar a capa y espada. Ay de aquel que se atreva siquiera a querer estrellarla.

Acerco mi nariz para absorber ese delicioso aroma que desprende. ¡Qué belleza! Que belleza la que Dios moldeó y puso en mis brazos.

Es tan chiquita, tan frágil, tan... Me quedo sin palabras para describir lo perfecta que es.

Una lágrima escapa de mis ojos, cayendo sobre la manta de Becky. Recojo el resto de las que se escaparon y parpadeo seguidamente para evitar la catarsis que se avecina.

—El amor personificado. Eso es. —digo inconscientemente.

—Tiene los ojos de Christina —observa Irvin.

Tiene razón, estaba tan deslumbrada con su belleza que no repare en que se parece mucho a mi tía. Tiene sus mismos ojos grandes y de un negro profundo; su nariz y boca también.

—Sí...

—¿Puedo cargarla?

Me toma por sorpresa que Irvin quiera cargarla, nunca se da cuenta cuando su lado paternal sale. ¿O es solo amabilidad? ¡Shu! Fuera de mi cabeza, malos pensamientos.

—Claro —le entrego a Becky y nuevamente me paro a observar lo bien que se ven juntos.

A que seríamos una bella familia, ¿verdad?

Sí, una bella familia de amigos...

—Me da mucho gusto que tu novio este apoyándote en esto, Eralda —masculla la doctora.

El color rojizo hace presencia en mi rostro y en el de Irvin también por un leve momento.

—No, él...

Voy a contradecir cuando Irvin me interrumpe diciendo:

—Por siempre y para siempre, doctora —sonríe.

¿Eso qué significa?

Tú sabes muy bien que algo está pasando, Eralda, pero te encierras diciéndote que él está enamorado de Mel, y eso no lo sabes. Me dice mi voz interior.

Hablaremos de esto después. Le contesto mentalmente.

—¿Hay que hacer algún otro trámite, doctora? —pregunto impaciente.

¡Ya me la quiero llevar! Ya estuvo mucho tiempo aquí.

—No, solo recuerda darle su medicación y que coma bien a sus horas. Nos vemos en un mes para su revisión. Cualquier cosa no dudes en llamarme.

—Claro. Muchas gracias por todo —le doy un abrazo y beso en señal de gratitud.

Irvin me entrega a Becky, toma la bolsa de medicinas y la echa dentro de la bonita pañalera que su madre nos regaló. Listo todo, emprendemos nuestro viaje de regreso a casa, felices y contentos.

A partir de hoy mi vida cambia... para bien.



Capítulo 8

—¡Ya llegaron! ¡Ya llegaron! —escucho gritar a Mel desde dentro de la casa.

Desde el porche solo alcanzo a ver las sombras por la ventana de ella y Minerva corriendo de un lado para el otro.

Irvin se apresura a abrirnos la puerta y ayudarnos a bajar. Caminamos hasta la entrada de la casa que es abierta por Minerva, Mel sale disparada a nuestro encuentro. Desde que tome a Becky en mis brazos no he parado de sonreír al ver las atenciones que todo mundo tiene para con nosotras. Somos muy bendecidas.

—Princesita —dice tiernamente al verla.

—Melania, deja que entren, yo también quiero conocerla —articula Minerva desde la puerta.

Mel por fin nos deja entrar; pasamos directamente a la sala donde rápidamente Mel pide su turno para cargarla. Es tonto, pero no quiero prestársela a nadie. Es mía. En contra de mi voluntad y solo por no ser grosera, se la entrego advirtiéndole con una mirada matadora que tenga cuidado, ella ha visto el lado furioso de Eralda Montero y no creo que quiera que aparezca. ¡Ay, Mel, es que eres muy atrabancada! Es solo precaución.

Viendo mi cara de aflicción, llega Minerva a mi rescate, se sienta a un lado de Mel y la ayuda a sostener a la bebé.

—A ver, Melania, te enseñaré cómo se carga —y diciendo eso se la quita de los brazos; yo no podría estar más aliviada.

El timbre de la puerta se hace sonar. Al ver que nadie hace el intento de querer ir a abrir la puerta, me dirijo yo hacia ella.

Mi día se ha empañado.

Jim.

Cuento hasta diez antes de abrir porque por una extraña razón presiento que viene a hacer algún reclamo. Estoy tan feliz que no voy a dejar que ni él ni nadie arruinen esta felicidad.

—Jim. —Abro.

—Hola, Er. ¿Está todo bien? Apenas me voy enterando de lo de tu tía. Lo siento mucho.

Pongo los ojos en blanco, su sola presencia ya me irrita.

—Gracias, pero ya han pasado tres semanas desde eso.

—Lo sé, pero no habíamos hablado. Bueno, te he mandado mensajes, pero tú no has contestado.

—Entenderás que he estado ocupada.

Asiente, metiéndose las manos en los bolsillos delanteros del pantalón.

—¿Podemos hablar?

—Jim, no me lo tomes a mal, en este momento estoy muy ocupada.

—Eralda, ¿no hemos hablado por tres malditas semanas y no eres capaz de regalarme unos minutos ahora?

Ok. El viejo Jim ha vuelto.

—Cállate, Jim, que en esas tres malditas semanas no fuiste capaz de buscarme para ver si estaba bien. Cuando alguien no contesta el móvil, busca hasta que encuentra —digo irritada por, como lo predije, sus reclamos.

—Er, ¿quién es? Ven a ver lo que he comprado para tu hija. —Aparece Mel detrás de mí, parándose en seco en cuanto repara en Jim—. Hola, pedazo de idiota. —Sale su sarcasmo, que más que eso, son verdades—. Qué bueno que me recuerdas que tengo que contarle algo a Er sobre ti.

—¿De qué hablas? —pregunta desconcertado.

Volteo a ver a Mel, preguntándole con la mirada a qué se refiere. Lo que tenga que decirme puede ser mi boleto de salida.

Me empuja haciéndome salir de la casa y cierra tras de nosotros la puerta.

—Por qué no lo cuentas a Er lo que estuviste, o mejor dicho, con quién estuviste ocupado estas semanas, Jim.

La vista que le echa Jim a Mel me confirma que lo que ella diga es

verdad. Como si fuera a creerle a él sobre Mel.

—¿Jim? —lo incito a hablar.

Se queda callado.

—¡Cuéntale, imbécil! Mientras ella se las estaba viendo negras este tiempo, tú estabas feliz de la vida acostándote con una zorra.

Volteo a ver a Jim fingiendo cara de dolor. Mejor revelación no ha podido hacer Mel. Definitivamente es mi boleto de salida.

—No le creas, Er, ya sabes que siempre está buscando fastidiarme con cualquier cosa.

—La verdad es que no tengo por qué dudar de ella. —Me encojo de hombros—. ¿Cómo pudiste hacerme esto? —Finjo estar molesta y decepcionada.

—Er, puedo explicarte todo. Las cosas no son...

—Olvidalo. Con esto que acabas de decir te has delatado. Si fuera mentira no tendrías por qué explicarme las cosas.

Melania se burla de él antes de dejarnos solos nuevamente. Bien, ha hecho su parte. Te amo, amiga.

—Mira, no me interesa saber detalles —continúo diciéndole—. En estos momentos no quiero guerra, sino paz. Solo olvídame, que yo te olvidaré.

Aproximándose más a mí, toma mis manos entre las suyas.

—Perdóname, Er, te prometo...

—Te perdono. —No quiero dejarlo hablar mucho, pues aunque ya no siento amor por él, no deja de importarme, y parece un arrepentimiento sincero el que muestra—. Esto ya estaba fracturado, Jim. Quien debería pedir perdón soy yo —me mira desconcertado—, a mí misma por aguantar tanto tiempo tus celos sin sentido. Tú ya tienes a alguien más. Ambos sabemos que donde hay dos no caben tres. Sé feliz con ella. Buena suerte —me suelto de su agarre y sin más que decirnos, vuelvo adentro a retomar mi felicidad.

Son las tres de la mañana. Becky tiene hambre. Perezosamente, pues no estoy acostumbrada, me levanto y le preparo su mamila. La tomo en brazos y nos situó a ambas en la vieja mecedora que Minerva me prestó para alimentarla.

Becky, Becky... eres la niña más hermosa con unos pulmones muy sanos.

Y es en la oscuridad de la noche que me pongo a pensar en lo feliz que estaría mi tía al ya tenerte, tenernos a ambas con ella. Me la imagino sentada igual en una mecedora, con su bella sonrisa igual a la tuya, alimentándote a la luz del sol y la luna; arrullándote con canciones de cuna y acariciándote como ahora lo hago para que vuelvas a quedarte dormidita.

Como cambian las cosas en un abrir y cerrar de ojos...

Después de eructar, Becky se queda dormida nuevamente. Con mucho cuidado la vuelvo a recostar en su cuna, arrullándola. Tratando de no hacer ruido, vuelvo a la cama a aprovechar las dos horas siguientes en lo que vuelve a pedir de comer. Si tengo suerte y se apiada de mí, puede que me dé tres.

El corrector no es suficiente para ocultar estas ojeras producto de la traspasada que me di. Verdaderamente no me quejo, solo hablo por hablar. Becky despertó nuevamente a las seis de la mañana en punto. ¡Si hasta parece que está programada! Ya no pude conciliar el sueño una vez se volvió a dormir. Además, ese sonido que provoca Minerva en la cocina no ayuda mucho. Quiero salir del cuarto pero no me atrevo, no quiero dejar a la niña sola, me da miedo. Ahora que lo recuerdo, mi tía había comprado uno de esos aparatos para vigilar a los bebés de lejos, quizá debería ir a buscarlo más tarde, así me puedo ir al baño y a la cocina sin preocuparme tanto.

Tomo el móvil y marco el primer número que aparece en mi registro de llamadas: Irvin.

—¿Qué rayos, Er? —contesta con voz ronca, todo adormilado.

Es normal, son pasadas de las siete de la mañana y él no tiene clases sino hasta las nueve.

—Perdóname por esto. Necesito de tu ayuda. Ven, por favor.

—¿Le pasa algo a Becky? —cuestiona alarmado.

Suelto una risilla al percibir su preocupación.

—No. Solo levanta tu trasero de la cama y ven acá. Ándale, Irvin, por favor —ruego bromeando.

Cuelga y supongo que eso significa un “*ya voy para allá*”.

Pasados cinco minutos lo veo entrar con solo unos pantaloncillos de dormir puestos, el pelo revoloteado y cara de modorro. Mis ojos hacen contacto directo con su torso desnudo cada vez más marcado. Nunca lo había visto así, ni desnudo ni con otros ojos que no fueran de amistad. Ahora lo veo

como el hombre que es.

—No me vengas con que nunca me habías visto sin camisa —masculilla con suficiencia.

Sabe hacia dónde vuelan mis pensamientos y eso hace que me ponga como tomate. Él solo se divierte viéndome cambiar de un color a otro.

Pongo los ojos en blanco.

—Necesito desayunar.

—¿Y...?

—No puedo dejar a Becky sola —digo encogiéndome de hombros.

Achina sus ojos de por sí ya hinchados por el sueño acumulado, pero accede a quedarse con ella.

Sabía que no se negaría.

—Por cierto, ¿más tarde podrías acompañarme a casa por unas cosas más?

—Sí, sí. Anda, vete a desayunar, regresa y déjame dormir un rato más.



Consulté con el banco para ver si ya podía disponer del dineral que me dejó mi tía. Efectivamente, ya puedo hacerlo. Creo que es hora de adquirir un pequeño departamento, vender la vieja casa con todo el dolor de mi corazón e ir *ahuecando el ala* de aquí. Aún no les digo a Minerva e Irvin que ya me estoy pensando esto más seriamente, pues aunque no me han dicho ni hecho nada, al contrario, no siento este lugar como mío. También me pongo a pensar en cómo le haré si me mudo, pues Minerva es de mucha ayuda e Irvin no se diga, con él nos sentimos protegidas. No sé cómo vayan a reaccionar, es algo que averiguaré pronto.

He recibido correo y llamadas de la escuela preguntándome si pienso regresar, y algunos maestros que me estiman prácticamente me exigen que regrese. Por más que planeo nuestro futuro — comprar una casa, buscar a alguien que cuide de Becky cuando no estoy, prestarle tiempo a Becky, regresar a la universidad y montar o conseguir un trabajo; porque el dinero, aunque son millones, algún día se puede acabar y mejor es producir más— no

creo poder hacerlo, cumplir con todo. Es eso por lo que he decidido que es mejor hacer una dolorosa pausa con mis estudios y si es posible retomarlos cuando Becky ya esté más grande. No me malinterpreten, no quiero decir que la niña sea quien me impida realizarme en lo que deseo, es solo que en estos momentos y por unos años más quiero encargarme de ella, estar para ella solamente.

—Eralda, eres una excelente alumna. Personalmente creo que no deberías hacer esto —casi siento que me ruega la maestra de literatura.

Me duele, pero es algo que quiero hacer y en consecuencia creo que no me arrepentiré, pienso retomar los estudios después.

—Es algo que ya decidí, maestra. Toda mi atención está ahorita en esa niña de bellos ojos negros. Infinitas gracias por todo, pero ya está decidido.

Con mirada compasiva, el rostro algo triste y muy a su pesar, acepta darme de baja.

—De acuerdo —suelta un suspiro—. Siempre estaré aquí para lo que se te ofrezca.

—Se lo agradezco bastante.

Son alrededor de las dos de la tarde, en estos momentos Irvin debe estar en el gimnasio trabajando. Voy caminando por la acera y viene a mí un delicioso olor a tacos, y se me ocurre que quizá Irvin este hambriento, así que voy hasta ellos y pido unos para llevarle, de paso también unos para Minerva y para mí. ¡Ah, y que no se me olvide Mel! En cualquier momento puede hacer acto de presencia. No le importara comerlos así sean recalentados.

Llego al gimnasio y me dicen que Irvin se encuentra en el segundo piso. Me dirijo hacia ahí preguntándome por qué rayos no ponen un elevador, esto es agotador. Al entrar observo a muchos hombres, literal, hay muchos hombres aquí. Unos se encuentran en el *Banco Press*, otros en la *Prensa para piernas*, en la *Maquina para femorales* y mucho en las caminadoras. ¿Que cómo sé sobre estos aparatos de gimnasio? No lo sé, simplemente leo las etiquetas que aparecen en cada área.

Aunque al pasar no me dicen, ni chistan, chiflan u ofenden, siento sus miradas detrás de mí, cosa que hace me sienta un poco incomoda, así que apremio el paso. Cuando Irvin repara en mi presencia noto su cara de desconcierto, claramente no me esperaba. Se encamina hasta a mí,

situándoseme detrás.

—¿Qué haces aquí?

—Bueno, como te levante muy temprano hoy quise compensártelo y traje comida para ti.

—Gracias, Er, pero debes evitar este lugar.

Confusa y sin decir palabras, hago la pregunta:

—¿Por qué?

—Mira cómo te comen todos con la mirada. Si fea no eres, Er, tienes lo tuyo.

—¿Es eso un cumplido? —inquiero.

Su sonrisa pícara me lo confirma, más ilusión no me hago.

—Entiéndeme. Me encela que... —las palabras se le atorán al darse cuenta de lo que acaba de decir.

Sonrío en consecuencia; delatar más el cómo él me hace sentir, no puedo. Y sin embargo no creo que se dé cuenta.

Esto está tomando otra dirección.

Tenemos que hablar.



Capítulo 9

Después de la casi revelación de que le encelaba que otros hombres me vieran con ojos de deseo y hacerse un silencio sepulcral entre nosotros, Irvin prácticamente me echo del gimnasio.

Malagradecido.

Ni siquiera porque le lleve tacos. En estos tiempos regalar tacos es como dar tu muestra de amor.

¿Pero qué digo? ¿Amor?

Estoy loca.

Regreso a casa caminando, sintiéndome a gusto de por lo pronto dejar la escuela, es un peso menos que me quito de encima.

El siguiente pendiente es llevar a registrar a Becky. Aún no sé si dejarle solo un nombre o buscar otro que le convine, es algo que debo decidir pronto.

Llego a casa sudorosa, el calor esta infernal, e incluso bajo la sombra el aire se siente caliente.

Minerva se encuentra en la cocina, como siempre, preparando algún postre —lo deduzco por la cantidad de azúcar que vierte en el contenedor—. Me paro en el marco de la puerta viendo atentamente como vuelca la mezcla en el refractario, cuando reparo en que mi Becky no está a su lado. Mis ojos buscan en todo el espacio esperando ver algún bulto, mis oídos más abiertos de lo normal, esperan oír llanto. Nada.

—¿Dónde está? —Sabe muy bien a qué me refiero.

—Durmiendo —me contesta sin dejar de hacer sus cosas.

—¿Y la dejaste sola?! —grito mientras apresuro el paso para llegar al cuarto.

La escena que esta frente a mis ojos no me la esperaba: Mel y Becky tiradas sobre la cama, cómodamente dormidas. Becky está rodeada por almohadas para que no ruede y caiga, ocupando la mayor parte de la cama, mientras que Mel apenas cabe en ella, pero bien que se acomoda. Sin duda es una imagen que merece ser enmarcada, y sin pensarlo más, saco el móvil y la capturo.

A continuación, doy la media vuelta y regreso por donde llegue, de vuelta con Minerva.

—Están dormidas —murmuro sonriente.

—Saliste despavorida. Ni chance me diste de decírtelo.

Encojo los hombros en señal de disculpa.

—Le lleve de comer a Irvin a su trabajo y prácticamente me corrió del lugar —digo molesta, sentándome a su lado en una silla.

—¿Y eso?

¿Debo contestarle que me dijo que estaba celoso? Minerva es su madre y alguien en quien yo confío mucho, pero ¿es algo que él quisiera que su madre supiera? No lo sé, porque para empezar ni siquiera sé a qué me refiero con ese *algo*.

Pff. Los sentimientos son tan complicados.

—Lo desconozco, Minerva. Jamás se había portado así.

Una sonrisa hace aparición en su rostro.

Frunzo el entrecejo.

—Eraldita, sé que ahorita todo tu tiempo lo ocupa Becky, pero tienes que darte un espacio para ti. —No entiendo a dónde quiere ir—. Mi hijo solo quiere cuidarlas, protegerlas.

—Eso lo sé.

—Solo digo que tienes un enorme corazón ahí dentro —señala el pecho— que merece ser atendido, y hay alguien que busca hacerlo. Abre bien los ojos.

—Me estás tratando de decir...

—Shhht —me interrumpe—. Yo no he dicho nada. —Termina haciéndome un guiño.

¿Abrir bien los ojos?

Poner más atención a las cosas del corazón.

¿Pero, entonces esa química entre Mel e Irvin me la habré imaginado? Definitivamente... abrir más los ojos.

El postre para la cena que le llevó horas cocinar a Minerva, valió la pena.

¡Todos repetimos!

Mi niña me encanta, pues solo come, duerme, hace del baño y así sucesivamente, nada latosa. Soy tan afortunada de tener muchas manos cerca de mí que me ayudan con mi pedacito de cielo.

—Er, ¿querías que te acompañara a casa de tu tía? —menciona Irvin.

—¿A qué irán? —pregunta la madre preocupada por su polluelo.

—Quiero ese monitor que sirve para checar a los bebés. Mi tía tenía uno por ahí guardado —respondo.

¿Y no pudieron ir durante el día?

Ambos volteamos a vernos y contestamos al unísono:

—No.

Minerva hace un gesto de exasperación, Mel suelta una carcajada al ver y oír a Irvin y yo nos disculpamos y salimos.

No sé si que saliéramos solos durante la noche haya sido una buena idea. A pesar de que la casa de mi tía esta frente a la de Irvin, este silencio que nos acoge hace que sienta que estamos lejos de llegar.

Ninguno de los dos sabe qué decir.

—¿Traes la llave?

Asiento levemente con la cabeza.

Abro la puerta y entramos. Me paro en el marco, deteniéndome un momento para observar una vez más.

Todo está como el último día que pase aquí, incluso me parece oler aun su fragancia. Es tan triste y reconfortante volver, las dos cosas a la vez.

Irvin prende el foco y es precisamente en el momento que voltea a verme cuando una lágrima escapa de mí.

—Er, no... —Se acerca a mí tomando mi rostro entre sus manos, recogiendo con su índice mis lágrimas—. Por favor, no quiero ver tus ojos llover.

Esa última frase me descompone por dentro, pero logro reprimirlo.

Abre bien los ojos. Pasan por mi mente las palabras de Minerva, palabras que trato de atenuar. No es el momento.

¿Y cuándo lo será? Pregunta mi voz interna.

Solo sé que ahora no.

—Busquemos el monitor y salgamos de aquí, por favor —le pido.

—Claro.

Irvin se queda buscando entre la sala y cocina, yo en el cuarto de Becky, supongo debe estar ahí entre el resto de sus cosas. Aún hay demasiadas pertenencias dentro de la casa que me gustaría llevar conmigo, pero no tengo lugar donde meterlas, primero tendría que comprar la otra casa, mudar las cosas y después vender esta. Lo que me recuerda que después de registrar a Becky, la siguiente prelación será esa: buscar un nuevo hogar.

Después de mover todo, por fin logro dar con los santos aparatos.

Regreso a la entrada para decirle a Irvin que ya nos podemos ir, pero lo encuentro sentado en cuclillas en el suelo, observando algo que no alcanzo a percibir.

—¿Qué sucede?

Sobresaltado por escuchar mi inesperada voz, cae de sentón.

—¡Rayos, Er! Por un momento sentí salirse el corazón.

¡No puedo contener la risa!

—Así tendrás de sucia la conciencia —arremeto en mi defensa.

Me acerco dándole una mano, ayudándolo a levantar. Es lo menos que puedo hacer, ¿verdad?

—¿Qué es eso? —inquiero interesada.

—Es como un dije. Un águila, me parece. —Lo tomo—. Lo encontré junto a esas manchas omitidas de... sangre. Creo que debemos tirar nuevamente la alfombra...

He dejado de escucharlo. Mi atención esta cien por ciento centrada en el águila. Mi memoria regresa el casete y repara en el primer incidente que sufrió mi tía, cuando también encontré un dije similar sino es que igual. En aquel momento dudaba si pertenecía a mi tía, ahora estoy segura que de no... Es de su agresor.

—¡Eralda! ¿Estás bien?

Un grito ensordecedor me saca de mis pensamientos.

—¿Eh?

—Ya encontraste el aparato, debemos irnos. Estar aquí no te hace para nada bien.

—Sí.

—Vamos. —Tomando mi mano nos saca de la casa.

Ya pasan de las diez de la mañana y no he visto ni la sombra de Irvin. Por lo regular lo veo antes de que se vaya a la universidad, ahora ni eso.

¿Se habrá ido más temprano de lo normal?

Becky está dormidita con Mel. Anoche le pidió permiso a Minerva de quedarse a dormir. El acuerdo consistía en que dormiría en el sofá, cosa que fui incapaz de dejar que hiciera, así que dormimos todas apretaditas, apretaditas.

Dejo el monitor encendido y cargo conmigo el otro mando, pues aunque Mel está a su lado, está profundamente dormida.

Voy a la habitación de Irvin, lo más seguro es que ya se fue, no es alguien que falte a clases por gusto. De todas formas quiero corroborar. Abro la puerta despacio tratando de no hacer ruido, existe la nula posibilidad que si se encuentre.

Y ahí está, también dormido.

¿Dormido aún?

Y entonces se me ocurre que deberíamos recordar los viejos tiempos, antes de la catástrofe. Caminando de puntillas me pongo a los pies de la cama, meto la mano por debajo de la sabana y le hago cosquillas en la planta de los pies. Irvin comienza a patalear, exigiendo modorramente que se detenga quien quiera que sea. Al no ceder de mi parte, abre los ojos dándose cuenta de quién se trata.

—Debí suponerlo —dice riendo aún.

—Se te ha hecho tarde —le informo.

—Tengo el día libre en el trabajo, no quise ir a clases tampoco.

—Que flexibles son en tu trabajo —hablo con sarcasmo.

Sonríe, levantando a su vez las cejas con suficiencia.

—Levántate —lo apremio—, el desayuno ya se te enfrió. Si después no tienes nada que hacer, puedes acompañarme a registrar a Becky.

Los ojos le brillan con la invitación que le he hecho. La quiere mucho.

—Claro que te acompaño. Pero antes quiero hablarte respecto a ello.

—¿El qué?

—Te diré después de desayunar.

Asiento.

—Entonces... —Agarro sin que se dé cuenta una parte de la sabana—
¡Ya sal! —La estiro, descubriéndolo del todo.

—¡Eralda!

¡Oh, Dios!

Carcajeándome por el nerviosismo de verlo como Dios lo trajo al mundo, salgo corriendo de la habitación, dispuesta a encerrarme en la mía hasta que me calme.

Estoy segura de que esta vez abrí muy bien los ojos, Minerva.



Capítulo 10

Entro a la cocina donde están madre e hijos sentados en el comedor, al parecer Minerva también se dio el lujo de despertar tarde.

No puedo ver a Irvin a la cara, me siento apenada y la risa se apodera de mí. Solo de recordar... No, no, no. No hay que ir por ahí. No en este momento.

—¿Amaneciste bien, Eraldita? —pregunta Minerva.

¿A qué viene esto? Volteo en contra de mi voluntad y tragándome toda la vergüenza que en mí hay, echándole una mirada asesina a la vez que le pregunto con la misma mirada si ha comentado algo.

—Yo diría que más que bien —se apresura a decir él.

Minerva está un tanto desconcertada y otro tanto asombrada.

Sí, es que Mel me ayudó mucho durante la noche.

Mi respuesta la convence.

Irvin me hace un guiño, yo volteo los ojos.

Tomo una enorme taza para prepararme café, no me importa que ya vaya a ser medio día, si es así como nos la pasaremos las siguientes horas, tengo que traer una buena dosis de cafeína en mi sistema.

—¿Por qué están tan serios? —Nos estudia Minerva.

Ambos negamos con la cabeza, soltando bufidos, pero sin mirarnos directamente.

—Hola, traviosos. —Entra Mel en la habitación con la bebé en brazos.

En estos momentos temo que se le salga algo de lo sucedido frente a Minerva. Obviamente le conté, es mi amiga.

—¿Ya han notado que Becky comienza a balbucear? —Aplico la táctica de cambiar de tema. Una mentira piadosa no le hace mal a nadie, y además distrae.

—¿En serio? —Duda Minerva—. Aún está muy pequeña, Eralda. Te lo has de haber imaginado.

—Puede ser. —Acepto, una vez logrado el objetivo—. Mine, Mel, ¿podrían ir ambas a arreglar a Becky, por favor? Iré a registrarla.

—Yo voy, Er —me pide Mel—. Ándale, ¿sí?

¿Cómo negarme? Esa carita tierna de *no rompo ni un plato* ejerce poder sobre mí.

—Sí, pero, por favor... —Le hago señas sin que Minerva me vea para que se la lleve y me deja a solas con Irvin.

—Minerva, ¿podrías ayudarme? La niña se ve acalorada, quisiera darle un baño antes. —Tomándola de la mano, la conduce fuera.

El abismo del silencio vuelve a abrirse entre nosotros. Somos unos tontos, esto es un juego sin sentido.

Ya, Eralda, lo viste desnudo, ¿y qué? Está bien que nunca lo habías visto así, pero siempre hay una primera vez.

—Irvin —sonríe divertida—, lo siento. Jamás me imagine que tú...

—Está bien, Er. Agradéceme por hacer de esta tu mejor mañana— ríe.

—Idiota. —Pongo lo ojos en blanco—. ¿Será que podemos hablar?

Deja de lado cubiertos y comida, esto debe ser importante.

—Lo he estado pensando por unos días, y la verdad es que en estos momentos quiero demasiado a Becky- Entonces pensé que quizás estaría bien que, si tú lo aceptas —habla nervioso—, que yo me haga también responsable de ella y le de mi apellido.

El ratón me ha comido la lengua.

No sé qué contestarle. Irvin se ha portado de lo más lindo con la niña, eso no lo puedo negar. Estoy de acuerdo en que le hará falta una figura paterna y eso es algo en lo que él podría ayudarme mucho, pero de ahí a que le dé su apellido...

Me saque la lotería al tenerlo como amigo, cualquiera en su lugar me apoyaría solo de lejos.

—Irvin, esto es demasiado. —Me pongo de pie, caminando de un lado a otro—. Yo sé que le tienes un cariño muy especial a Becky y yo estoy feliz de que ella te tenga, pero...

—No lo pienses tanto, Er. —Se pone de pie junto a mí—. Permíteme

ayudarte de la manera que quiero.

—¡Pero es que tú tienes que pensar en tu futuro! En algunos años formarás tu familia y Becky...

—¡Ay, Eralda Montero! ¿Qué voy a hacer contigo? —Vuelve a interrumpirme—. Me cuesta trabajo creer que aún no te des cuenta. Intenta verme y ponte a prueba.

Sus ojos buscan hasta que encuentran los míos; el corazón se me encoge.

Abre los ojos.

—Estamos listas —anuncia Mel desde la puerta.



Vania Rebeca Murillo Montero.

Me encanta.

Prácticamente Irvin y yo nos hemos convertido en padres de este angelito risueño y dormilón, por elección.

No pude negarme a la petición que me hizo, mucho menos cuando las palabrerías se transforman en sentimientos y me tocan el corazón.

¿En qué momento Irvin pasó de ser mi mejor amigo a ser esa persona con la que quiero estar?

¿Te das cuenta, Eralda? Acabas de decir que quieres estar con él.

Creo que conseguir casa pasará a ocupar el tercer puesto de mi lista de prioridades, porque la segunda será arreglar mis sentimientos, solo que en este caso no sé en qué momento actuar.

Mel flipó en el registro civil al escuchar los apellidos que llevaría Becky. Minerva lo hizo en casa en cuanto se lo dijimos. Nos dijo que éramos un par de locos, pero ella no sería quien nos mandara al manicomio.

Ya con el sol auestas, preparo pañalera, carriola, cangurera, y salgo de casa con rumbo al parque que queda a unas cuadras de casa, necesito algo de tiempo a solas antes de armar mi argumento para con Irvin, y que mejor que pasar tiempo con mi niña.

Llegamos al parque, me siento en una de las bancas que hay en el centro, así podre observar todo a mi alrededor. Becky frente a mí, solo me

observa con sus bellos ojos, haciendo algunos sonidos que aún no sé interpretar.

—Becky, ¿quién será tu papá?

El silencio me responde: nadie lo sabe.

Solo nos tenemos la una a la otra, y bueno, ahora a Irvin pero, hablando de lazos de sangre, solo somos Becky y yo, dos corazones huérfanos con mucho amor para dar.

Frente a nosotras aparca un carro del año, negro con vidrios muy ahumados que no alcanzo a distinguir quién maneja. Estando ahí parado comienza a sonar el claxon repetidas veces; desconcertada y asustada porque nos encontramos solas, trato de hacer acopio de todas mis fuerzas y guardar la calma. Despidadamente llamo al primer número en mis contactos, dando gracias a Dios porque la carriola me ataja. Deja de sonar el claxon y ahora el hombre o mujer baja la ventanilla del copiloto. ¡Irvin, contesta!

Efectivamente, es un hombre con gafas oscuras que no deja de mirar a donde nos encontramos. Los segundos se me hacen eternos y cuanto más pasan, más se me acelera el corazón. Al cabo de unos cinco minutos, escucho que el sonido del motor se va alejando.

Sin pensarlo dos veces, meto a la canasta de la carriola las pocas cosas que había sacado, vuelvo a asegurar a mi niña en su lugar —totalmente ajena a todo— y vuelvo camino a casa aun con miedo de encontrármelo.

Agitada por querer llegar lo más rápido a casa, cierro la puerta con todos los candados posibles y después me desplomo contra ella y el piso, aliviada por ya estar dentro.

—¿Qué tienes? ¿Te sientes bien? —pregunta Irvin al verme tirada.

Asiento, articulando un inaudible *sí*.

Esta que echa humo, sacando chispas.

Minerva tuvo que llevarse a Becky al cuarto porque Irvin comenzó a vociferar en contra de aquel desconocido hombre. No se perdonaba el no haberme contestado y se culpaba por el temor que sufrí. No conforme con eso, su mente vagaba creando escenas que no debía.

Enfureció.

La noche ya llegó y las estrellas aparecieron, e Irvin ni sus luces. Hablar con él sobre nosotros, es mi promesa por romper...

Hay muchas casas en venta. No todas me dan gusto, es imposible, cada una tiene sus defectos y yo quiero una perfecta y funcional para solo mudarme.

Absurdo.

Hasta el momento solo hay una que de verdad me gusta, se ve que está grande y tiene un patio igual, además de que no esta tan lejos de aquí, que es lo que más me gusta, así podremos ir y venir continuamente.

—Mel, ven. —Trae a mi ángel en brazos. Me presta atención—. Siéntate, por favor.

Se sienta a mi lado en la mesa.

—Dime, Er.

—Te contaré algo que por ahorita Minerva e Irvin no deben saber, ¿de acuerdo?

Asiente.

—Voy a comprar una casa para irnos Becky y yo.

—¿Cómo dices?

—Ya tengo una que me agrada y necesito que me acompañes a verla. Si la compro, venderé la de mi tía.

—Pero... ¿Minerva te dijo algo?

—No. Para nada. —Le quito a mi *bodoquito*—. Necesitamos nuestro espacio, hay cosas en casa de mi tía que necesito traer conmigo y aquí no caben. Además, está muy cerca de aquí —le explico.

Mel se queda pensativa, sopesando sus siguientes palabras.

—Me mudaré contigo. —Me toma desprevenida—. Así podre ayudarte con Becky y nos tendremos la una a la otra.

Sin duda estos no eran mis planes, ¿pero cuando las cosas me han salido cómo quiero? Siempre son mejores de lo que espero.

—Mi casa es tu casa, Melania.

—¡Sí! Te llevarás contigo a la tía Mel, *bodoquito* —le dice a Becky, chocando las palmitas de la niña.

Nos dirigimos a cuatro cuadras al norte de la casa de Irvin, agradezco que Mel traiga su carro, pues aunque no está lejos, mi segunda opción sí.

A simple vista la casa se ve en buen estado. Está pintada de café con detalles verdes —si me quedo con ellas, será de las primeras cosas que cambie—, tiene una cochera donde caben algunos dos carros.

En la entrada ya está un matrimonio, son los actuales dueños. Agarro a mi niña en brazos y nos conducimos las tres hasta ellos.

—Hola, buenas tardes. Soy Eralda Montero —me presento—, ella es mi amiga Mel y la pequeña Becky —las señalo a cada una.

—Un gusto. Soy Gloria. Él, mi esposo Andrés —dice la mujer, ofreciéndonos ambos la mano a modo de saludo—. Ya está abierto, pueden recorrerla como gusten, nosotros esperaremos aquí fuera y al final aclaramos puntos.

—Perfecto —contesto.

Entramos. Lo primero que me llama la atención es la iluminación natural, tiene las ventanas justas para que todo sea iluminado y si le sumamos la luz de los focos... Esta genial. Toda la casa está pintada en tonos cremas y cafés, cosa que también cambiaría por tonos más alegres.

—Que feos colores —murmura Mel.

—Conuerdo —le guiño un ojo.

Toda la casa está por ahorita amueblada, así que me puedo ubicar en qué habitación estamos. En la planta de abajo se encuentra el recibidor, un baño completo con azulejos en color crema, también. En la cocina hay una puerta que da al exterior, al patio. Regresándonos esta la sala y comedor, en la que hay dos grandes ventanales, entre ellos se encuentra una pequeña jardinera. La planta alta cuenta con cuatro habitaciones, la recamara principal cuanta con un pequeño balcón que me encanta, me parece muy romántico; es la única que tiene baño completo dentro, las demás comparten otro. Al final del pasillo esta un pequeño espacio sin uso, pienso que podría utilizarlo como espacio de trabajo.

¿Cuál trabajo? No lo sé, pero tendrá que haber uno próximamente.

—¿Cómo vez, Mel? A mí me gusta.

—Es un terreno muy amplio, Er. ¡Afuera podríamos poner juegos para Becky! —Se emociona.

Sonrío.

¿Quieres que vayamos a ver la otra? —me pregunta.

Ni de broma. No me arriesgaré a perder esta, además la otra es mucho más chica, tanto la casa como el patio.

—No. Esta me gusta y el precio también me parece justo.

Regresamos con Gloria y Andrés.

Mel me mira y sé que con esa mirada me pregunta si estoy segura de lo que haré. Volteo a ver el gran patio y recuerdo cada una de las habitaciones, en todas no puedo evitar imaginarme a Becky gateando, corriendo, jugando, rayando paredes, y yo corriendo tras de ella para evitarlo.

—Nos la quedamos —contesto firmemente.



Capítulo 11

Han pasado dos días, los cuales he aprovechado para hacer trámites, papeleo y pagos sobre la casa. Todo a escondidas aún, con la ayuda de Mel.

No, no he hablado con Irvin de nada, ni de que me voy, ni del corazón. Se ha estado portando indiferente, pero no es solo conmigo, con todos, Becky es la única excepción. Todavía está enfadado consigo mismo, ya se le pasará.

En la mañana le dije a Minerva que yo quería hacer la cena, a Irvin le mande un texto para informarlo y que no faltara, pues tenía que hablar con ellos de algo importante. Me quisieron sacar la sopa para saber de qué iba el asunto, por más que quería adelantarles algo, me aguante las ganas y les dije que no faltaran.

He terminado de preparar lo que mejor sé cocinar: lasaña. También hice ensalada y compre pan de ajo para acompañarla. Espero que les guste tanto como a mí. Mel me lo ha hecho saber, solo faltaría averiguarlo con el resto.

Mel y Minerva han acolchado el suelo de la sala para que Becky duerma —¡esa niña solo duerme!—mientras nosotros cenamos y platicamos. Fue mejor idea que dejarla en su cuarto solo con el monitor.

Irvin se tarda años en bañarse y arreglarse.

¡Me fastidia! Ni que fuera cena de gala en restaurante de lujo.

Después de unos veinte minutos, el señor por fin se digna a salir, y entonces me callo la boca, pues todo ese tiempo ha merecido la pena, se ve muy guapo para solo llevar unos pantalones de mezclilla y una playera pegada al cuerpo. Quizá solo sean mis ojos los que lo ven así.

—Bueno, ya estamos todos, podemos pasar al comedor —anuncio.

—¡Wow, Er! Todo se ve y huele muy bien —masculla Irvin.

—Gracias —sonríó—. Por favor, sírvanse lo que gusten y cuanto gusten.

—Es tu primera vez probando la lasaña de Er, Irvin —comenta Mel—, pero yo que ya perdí la cuenta puedo decirte que es la mejor que probaras en mucho tiempo.

—Date de Santos que yo no la sé hacer, Eraldita, porque entonces no coincidiría con Melania —finaliza Minerva.

Todos nos sentamos en la mesa a degustar la riquísima lasaña que me aventé. Comienzan a platicar sobre el gimnasio donde trabaja Irvin y sobre sus estudios; Mel siempre saca temas sobre Becky, pasa tanto tiempo con ella que ya hasta lo fiestera se le está quitando, hace un tiempo que no se desaparece.

—¿Están tocando? —pregunta Mel y entonces callamos.

Efectivamente, están tocando.

—Yo voy —me ofrezco—. ¿Por qué no van recogiendo todo para servir el postre?

Asienten.

Llegar a la puerta es una carrera de obstáculos, hay juguetes, Becky dormida, la mesa de centro...

Abro la puerta.

La sangre abandona mi sistema en segundos.

—¿Eres la sobrina de Christina? —pregunta el hombre con gafas oscuras frente a mí, apuntándome con una pistola.

Eralda, tú y tu testarudez de no fijarte quién es antes de abrir.

No puedo articular palabra. Mis ojos son atraídos por el colgante que lleva en el pecho: un águila.

—¡El águila! —pronuncio alarmada, llevándome las manos a la boca.

Este hombre es el asesino de mi tía.

—¡Cállate, estúpida! ¿Dónde está el bebé?

No, no, no, no. Becky no.

Debo ser rápida y cerrar la puerta, no dejarlo entrar. Pero él es mucho más fuerte que yo, la detendría.

¡¿Qué hago?!

¡Dios, ilumíname, por favor!

Me arriesgaré.

—¡Ayuda! —grito lo más fuerte posible, lo que provoca que entonces el hombre me tome de rehén.

Ahora tengo la maldita arma en mi sien.

Irvin y Minerva llegan, a esta se le va el aire el ver lo que está sucediendo. Irvin adquiere postura defensiva.

—Muévanse —nos conduce adentro de la casa, apuntándoles a ellos con el arma para luego regresarla a mí.

Becky sigue dormidita en el suelo.

¿Dónde está Melania?

—¿Quién eres? ¿Qué quieres? —le pregunta Irvin totalmente serio y encolerizado.

—No dejes que se la lleve, Irvin —balbuceo derramando las primeras lágrimas de angustia.

—¡Que te calles! Me llevaré a la niña y nadie de ustedes lo impedirá.

—Baja el arma. Hablemos. ¿Para qué la quieres? —Arremete de nuevo Irvin.

Todo es pregunta y respuesta entre él y este loco.

Yo solo escucho, rezando a Dios para que este hombre baje el arma y aparezca Mel con la policía. ¿Dónde se metió?

A Minerva se le fue el habla, está igual o más asustada que yo.

—Le dije a Christina que no tuviera al bebé, no hizo caso por más que le ayude. —Desgraciado—. Ahora esa niña representa un problema para mí. Acabaré con esto ahora.

—¡Estás loco! —Le grito—. La niña no te ha hecho nada.

—No, pero lo hará. Ella crecerá, mi esposa se enterará, será mi fin y eso no lo puedo permitir.

—Por favor, baja el arma —interviene Irvin—. Te prometo que Eralda y yo, sus padres, nos encargaremos de que nunca sepa que tú la procreaste.

—¡No! Me tengo que deshacer de ella —vuelve a repetir el maniático.

De repente escucho un golpe. El hombre se tambalea, pierde el equilibrio y aprovecho para soltarme de su agarre. Al parecer Mel le ha dado en la cabeza con la sartén. Irvin también se aprovecha y se abalanza sobre él. A lo lejos solo escucho que Minerva le dice que tenga cuidado. Mi mente en lo único que puede pensar es en Becky. Esquivo todo lo que hay para llegar hasta ella, la tomo en brazos junto al teléfono que se encuentra a su lado y salgo corriendo por la puerta trasera. Mel me alcanza al poco tiempo.

Con manos temblorosas, una meciendo a Becky y la otra marcando el número de emergencias, le paso el teléfono a Mel ya que Becky se despertó y está llorando.

¡Todo me está sobrepasando!

—Vienen enseguida, Er —me informa Mel cuando termina la llamada.
Asiento.

Becky está muy necia. ¡Ay, mi niña!

De pronto un ruido ensordecedor se apodera del ambiente. Un disparo.

—¡Irvin!

Esa es la voz de Minerva.

No, Dios, por favor.

Mel se acerca a nosotras y nos abraza, susurrándonos que todo estará bien.

Al cabo de diez minutos aproximadamente —bendito Dios— llegan un par de patrullas. Los oficiales se bajan y llegan hasta nosotras, Mel les explica rápidamente la situación y proceden a entrar.

El ruido y los gritos han cesado, no sé qué este pasado allá adentro, si alguien recibió un disparo o solo fue al aire.

¡No sé nada!

A lo lejos, frente a mí, vienen caminando Irvin y Minerva. Atrás de ellos, arrestado por los oficiales y sangrando de una pierna, va este hombre desconocido que, según lo que dijo, es el padre biológico de Becky.

Mel me quita a la niña de los brazos, entiende muy bien lo que quiero hacer. Sin pensármelo más, corro hacia su encuentro, me abalanzo sobre él, abrazándolo y palmándolo con mis propias manos, asegurándome no este herido.

Lo siento, Minerva. Si no hago lo mismo contigo es porque sé que no dejaría que algo te pasará.

—¿Estas bien?

Toma mis manos y las lleva hasta su boca para besarlas.

—Estoy bien, no te preocupes. Tenemos que ir a declarar.

Aún pegada a su pecho, murmuro un simple *sí*.



Desvelados por todos los acontecimientos del día de ayer, los he reunido a todos para hablar antes de que otra cosa suceda. No me importa que se estén muriendo de sueño, lo haré en este momento.

—Minerva, Irvin, quiero agradecerles todo cuanto han hecho por nosotras, incluso aun cuando vivía mi tía. Después de ello no se diga, ha sido de mucha ayuda para mí, pero es momento de que volemós. Ya lo he decidido. Becky, Mel y yo nos mudaremos, ya he comprado la casa —que no está muy lejos de aquí—, solo es cuestión de trasladar nuestras pertenencias y después pondré en venta la casa de mi tía.

Ambos están perplejos y serios ante la noticia, definitivamente no se lo esperaban.

—Pero Eraldita, a nosotros no nos incomodan...

—Er, ¿podemos hablar a solas? —interrumpe Irvin.

—Vamos, Melania, démosles espacio —indica Minerva.

Ya estamos solo, viéndonos fijamente. Hablando sin hablar.

—Estuve ensayando este momento desde hace un tiempo —comienza a hablar—, hoy me tomas por sorpresa, tendré que improvisar.

Rodea la mesa de centro para situarse a mi lado.

—No sé por dónde empezar —se nota su nerviosismo.

—¿En qué momento comenzamos a vernos con otros ojos?

Ríe. Y es una risa tan hermosa, imposible de olvidar.

—Er, yo siempre te he visto con los mismos ojos —confiesa.

Estoy sorprendida. Todo este tiempo pensé otra cosa... ¡Jamás dijo nada!

¿Qué debo responder?

Que tú tampoco le eres indiferente. Susurra la vocecilla.

—Estaba ciega, Irvin...

Inesperadamente sus labios rozan los míos, se abre espacio hasta que abrumada por el momento lo dejo recorrer mi boca libremente. Y lo hace de la forma más dulce y tierna.

—Irvin —susurro pegando mí frente a la suya, dejándome con ganas de más.

—Er, permíteme estar a tu lado, al de Becky. Jamás prometería algo que no pueda cumplir, así que te prometo que lo único que quiero es ver por ustedes y... amarte.

¡Ay, Irvin! *No eres el chico que se enamora de cualquiera,* recuerdo haber dicho.

Decirle que no o pedirle tiempo sería una tontería, porque yo también siento y quiero lo mismo. Estamos ya en sintonía.

—Vente a vivir conmigo —le propongo inconscientemente. De

acuerdo, ya lo he dicho—. La casa que compre es muy grande, podremos llevarnos a Minerva si así lo quiere.

Camina de un lado a otro, colocándose una mano en el cuello para después pasarla por su cabello.

¿Cómo que lo esta pensando?

Volviendo a mí, asiente.

—Lo haré. —Salto sobre él para besarlo nuevamente—. Hablaremos con mi madre. Espero que acepte.

—En los últimos días he perdido mucho y de tanto hacerlo, también he perdido el miedo. Pero en estos momentos, estando aquí contigo aclarando todo, siento que estoy completa. Nada me falta. Soy muy feliz.

—Y yo —sonríe.

—¿Ahora puedo yo prometerte algo? —inquiero.

—Lo que quieras, siempre y cuando lo cumplas.

Asiento,

—Irvin, por ti, por Becky y por mí, prometo luchar por esto que sin darnos cuenta hemos construido. Una familia.

—Amor, olvidemos toda esta trágica historia, cerremos el libro y escribamos el siguiente.



Epílogo

—No nos impacientemos, señores, solo ha habido una falla técnica. —
El presentador trata de calmar a los presentes.

Justo cuando toca mi participación por segunda vez —porque ya recité el poema de mi autor favorito, ahora toca el inédito— el sonido decide fallar. Vaya suerte la mía.

Hoy fue mi graduación. Posterior a ello el concurso *Recital Romántico*, la final. Hace cinco años me quede a la mitad, ilusionada porque alguna editorial apostara por mí. Ahora esta es mi oportunidad, ya la última que tendré dentro de la UIF.

Hable con mi maestra de literatura para que me dijera a ver cómo lo estuvieron haciendo otros en los años que me perdí, sobre todo para averiguar si alguien había hecho adopción de la forma en que a mí me gusta recitar: con pista musical de fondo. No. Nadie más se le ha ocurrido la idea desde la última vez que me presente en el escenario.

La pista que utilizaré será la instrumental de la canción *Promesa*, del cantante *Melendi*. El poema lleva por título “*Pregúntame, amor*”, lo escribí hace algún tiempo junto con quien fue mi compañera de secundaria, Ruby Martínez. ¿Me importa que entiendan el mensaje? Claro, pero también me interesa que comprendan el sentimiento.

—Una disculpa a todos. Ahora sí, estamos listos —vuelve a hablar por el micrófono el maestro de ceremonias—. La siguiente y última concursante de este gran concurso postgraduación, es la alumna recién graduada. Con ustedes,

dejo el escenario disponible a Eralda Montero, que nos recitará “*Pregúntame, amor*”.

Inhalo y exhalo. Estoy un tanto nerviosa, hace tiempo que no hago esto.

Subo al escenario, derritiéndome de ternura al ver en primera fila a todos echándome porras, como siempre: Minerva, Mel, el amor de mi vida, Irvin y la niña de mis ojos, Becky.

—¡Vamos, mami! —se hace oír mi niña entre todos.

No entiendo a quién salió en lo gritón y escandalosa.

—¡Eso, amiga! ¡Arrasa con ellos!

Comienzo a entender...

Situándome frente al micrófono, mando besos en el aire a esas cuatro personas que tanto amo.

Comencemos.

Levanto la mano indicándole a la persona del sonido que ponga la pista.

—Hoy nos volvimos a hablar.

Lamentablemente fue por necesidad.

No porque él me necesitara a mí,

o porque yo lo necesitara a él.

Aunque la verdad es que por dentro

es imposible no sentir.

Doy comienzo con los primeros versos, tratando de llevar compas con la música. Lo estudié una y mil veces, espero lograr el resultado.

—Hoy nos volvimos a hablar,

y fue algo tan corto

que sinceramente me hizo extrañar

aquellos momentos

en los que pasamos

largas horas platicando.

Hago una pausa, el momento lo amerita, debo reflejar la pasión que le puse a estas letras...

*—Hubiese querido nunca haber puesto
un punto final a la conversación.
Hubiese deseado que me hubieras preguntado,
que te hubieras preocupado...*

La música sube, siento que las emociones se encienden y al ver de frente me encuentro con unos hermosos ojos que tiene toda su atención puesta en mí. Y entonces comenzó a dejarme llevar, me desmorono frente a todos, comprendiendo que todo cuanto hago tiene nombre y apellido: *Rebeca Murillo*.

*—Pregúntame si me sigues gustando,
si te sigo queriendo,
si es que te sigo amando
o de otro ya me he enamorado
y a ti te he olvidado.*

Comienzo a sollozar, un torrente de lágrimas avvicinándose.

*—Pregúntame lo que quieras
y sigue esta conversación,
cambia el punto final por un punto y aparte
y continuemos nuestra relación.*

Las últimas notas de la música entran, agacho la cabeza, tomo aire y finalizo mi participación

Mi cara debe ser un total desastre, lagrimas, mocos y maquillaje no son una buena combinación.

Mi niña, parada sobre su asiento, comienza a aplaudir rápidamente, es aquí cuando comprendo que si este concurso no gano me habré quedado con la mejor parte, el que ella me viera arriba de un escenario y fuera testigo de la pasión que tengo por lo que hago. Los aplausos, vítores, silbidos y gritos del público terminan en el último lugar, los de mi familia son los importantes. El amor de mi vida me sonrío de esa forma que tanto atesoro. Lo amo. Lo amo.

—Gracias por una vez más deleitarnos con tan maravillosa

presentación, Eralda. Te pido pases atrás con los demás participantes. — Indica el presentador—. Bueno, pues después de un cúmulo de emociones que se han hecho presentes en este *Recital Romántico*... —Hace una pausa—. Un momento, por favor. Me están informando que ya tenemos ganador por unanimidad. —El público se vuelve loco. Yo solo escucho mi nombre gritar de un lado de las gradas.

Los nervios me comen y sé que se me nota.

—No la haré más de emoción, la gran mayoría ya sabe que tú, sí tú, eres la ganadora, Eralda Montero. ¡Felicitaciones!

Cientos de papelititos caen sobre el lugar, una joven me hace entrega de un ramo de flores y mi familia sale corriendo hasta donde me encuentro. Irvin me carga dándome vueltas, me planta un fabuloso beso que me deja más temblorosa de lo que ya estoy. Mel y Minerva me felicitan, diciéndome que están orgullosas y que sabían que me llevaría el triunfo.

—A un lado, sigo yo. —Mi pequeño ángel reclama su turno.

Ambas nos fundimos en un abrazo que recordaré por el resto de mi vida. El primero de muchos momentos importantes a su lado.

—¿Sabes qué cual será tu regalo, mami? —susurra en mi oído.

—¿Qué, pequeña?

—Que papá prometió llevarnos a la playa si ganabas.

Suelto una carcajada. La inocencia de mi niña me encanta, a ella le interesa más ir a la playa.

Es momento de relajarnos un poco y celebrar todas las maravillas que Dios nos ha regalado en este día. Tendemos mantas con comida sobre ellas, ponemos sombrillas, gustamos del calor del sol y el delicioso olor a mar que tanto me encanta. Disfrutamos el paisaje.

Solo una cosa pido al cielo, que esta familia este unida por el resto de sus días. Algo me dice que mis padres y mi tía están contentos con lo que he hecho, tanto con mi vida como con la de Becky.

—Mamá, ¿caminamos por la playa? —Me pide Becky.

—Claro cielo, vamos.

Deja de lado sus juguetes con los que estaba haciendo castillos de arena, se sacude y toma mi mano para dirigirme. Ella sabe el camino.

Mi niña tiene ahora cinco años, Irvin y yo somos sus padres y no nos

arrepentimos de ello. Al contrario, cada día nos sentimos felices y dichosos de tener a este remolino en nuestras vidas.

—Mami, ¿podrías regalarme un hermanito?

Así como esta pregunta, hace cientos. Está en la edad en que todo quiere saber. Todo tiene un por qué, un dónde, un para qué, un cómo, un cuándo y todas las cuestiones que se le ocurran. Siempre que me hace esta pregunta, lamentablemente la respuesta siempre es la misma. Hace un par de años descubrí que no puedo tener hijos, consecuencia del fuerte accidente que sufrí y en el que mis padres murieron. Temí en aquel instante, pues por mi mente pasaba que Irvin quería hijos propios, más su reacción fue de comprensión, amor y ternura. Estamos en búsqueda de otra opción.

—No te prometo que lo tendrás pronto —bajo para estar a su altura—, pero papi y yo haremos todo lo posible por conseguirlo.

Sonríe maravillosamente.

Becky se tira en la arena, dejando que el agua toque la punta de sus dedos. Con eso me dice que debo sentarme a su lado.

—Mami, te amo —dice por lo bajo, abrazándome por la cintura.

Escena más dulce y tierna jamás nadie podrá igualar, Becky y yo somos expertas en protagonizarlas. Los ojos se me vuelven vidriosos, no quiero llorar porque pensará que estoy triste cuando la realidad es que me siento inmensamente feliz por todo.

—Vania Rebeca Murillo Montero —Suelta una risita. Le causa mucha gracia cada que digo su nombre completo—. ¿Alcanzas a ver el final del mar?

Niega con su cabecita.

—Así de infinito es mi amor por ti. ¡No tiene fin, mi cielo! —Continuo mientras le acaricio su ondulada cabellera oscura—. Fuiste un *regalo inesperado* bajado del cielo. Un hermoso regalo que vino a poner patas arriba mi mundo. Lo llenaste por completo de colores, mi vida. ¿Qué si te amo? Mientras este corazón lata —pongo sus manitas sobre mi pecho—, ten por seguro que te amaré.

Mi pequeña Becky, mi vida, mi cielo, mi amor... Prometo ser quien vele y cuide tus sueños, y cuando despierta estés, ayudarte a obtenerlos.

Sí. Te amo más de lo que te imaginas.

Fin.

Otras obras

Novela Romántica

Mi vida en un sueño

Participación en Antologías

40 Relatos de amor (Antología benéfica)

Erotismo Poético III

Sobre la autora

De nacionalidad mexicana. Soy de la pequeña ciudad de Valle Hermoso, Tamaulipas, nacida un 22 de noviembre de 1996.

Durante mi educación secundaria es que descubrí mi amor por la escritura, desde entonces escribo poesía dedicada al amor en todas sus facetas.

A los 17 años me entró la idea y curiosidad por extenderme y escribir una novela. En agosto del 2016 decido hacer pública de forma independiente, mi primer y más reciente novela “Mi vida en un sueño”. Novela romántica con destellos de drama y sus toques de realidad.

El 14 de febrero del 2017 salió a la venta la Antología 100% solidaria “40 Relatos de Amor”, en la que tuve la dicha y el honor de participar junto a grandes escritores. El grupo Libros, lectores, escritores y una taza de café (LLETC) fueron los encargados de llevar a cabo este proyecto hermoso que busca ayudar a los niños con cáncer de un hospital de Barcelona.

El 20 de Junio de 2017 sale a la venta la Antología Erotismo Poético III, para la cual también fui seleccionada.

Le escribo y escribiré por siempre al amor, porque dentro de un mundo donde abunda la maldad, solo pretendo llevar un poco de amor con mis letras.

Contacto con la autora

www.rubymtzautora.wixsite.com/sentimientosson

www.facebook.com/escritora.rmtz

www.amazon.com/author/rubymtzautora